

La elección de confesor de la infanta María de Austria en 1628¹

Henar Pizarro Llorente

La elección del director de la conciencia de la reina de Hungría en 1628 destaca por su especial relevancia en un contexto marcado por el desarrollo de la guerra de los Treinta Años. La insistencia de la rama austriaca de los Habsburgo en la conveniencia de designar a un jesuita para ocupar este cargo chocaba con el deseo de la infanta, que se veía respaldado por la determinación del Consejo de Estado, de elegir a un religioso capuchino para desempeñar esta función. Detrás de esta designación, el conde-duque de Olivares veía la oportunidad de introducir junto a doña María en la corte de Viena a un elemento esencial para lograr la atracción del emperador hacia los intereses políticos hispanos.

*ENTRE LA ESTABILIDAD DE ITALIA
Y LA ALIANZA CON INGLATERRA*

La infanta María de Austria no ha recibido una especial atención por parte de los historiadores. Las noticias que tenemos de ella tras su nacimiento, acaecido en El Escorial el 18 de agosto de 1606, están referidas a las pequeñas actividades que desarrollaba junto a sus hermanos, al cambio que iba provocando el crecimiento en su aspecto físico, o a sus pequeñas dolencias, constituyendo breves apuntes dispersos en la correspondencia de su padre o hermano a otros miembros de la familia, señaladamente a Margarita de la Cruz, monja en las Descalzas Reales, o

¹ Este trabajo forma parte del proyecto “Las contradicciones de la Monarquía católica: la espiritualidad, imagen y propaganda en la Corte de Felipe IV” (HAR2009-12614-C04-04), subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

a la infanta Isabel Clara Eugenia². Doña María comienza a concitar el interés de los estudiosos en la medida que los proyectos que se van realizando en torno a su matrimonio están vinculados al devenir de la política internacional de la Monarquía hispana. Durante el reinado de Felipe III, el monarca se mostró influenciado en la toma de decisiones referidas a los asuntos exteriores por su propia esposa, Margarita de Austria, y por su tía sor Margarita de la Cruz. De marcada ideología romanista, proclives al mantenimiento de estrechas relaciones con el nuncio y apoyo a la espiritualidad descalza, se inclinaban por la colaboración con el emperador, es decir, por la unión de las dos ramas de la familia Habsburgo. Las excelentes relaciones mantenidas con el papa Paulo V se cimentaban en este entendimiento. Por su parte, el pontífice abogaba por sustentar la paz entre los príncipes católicos en la quietud de Italia y en las buenas relaciones entre España y Francia³.

Una de las primeras ocasiones en las que se trató del futuro matrimonial de doña María estuvo relacionada con la política que debía seguir la Monarquía hispana en los territorios italianos. Había un grupo político favorable a una actuación más agresiva en Italia como respuesta a los intentos franceses contra la hegemonía española, entre los que estaban el gobernador Villafranca y los virreyes Osuna y Bedmar. Si bien no conformaban un grupo cohesionado, su proyecto de ocupar cualquier feudo, aunque fuese de pequeño tamaño, para evitar que engrosase las fuerzas del enemigo, contó con cierto sostén cortesano tras la pérdida de influencia del duque de Lerma en la corte⁴. Por el contrario, el propio Lerma y diplomáticos como Baltasar de Zúñiga mantenían respecto a Italia una visión continuista de la política de Felipe II basada en la “quietud”. No obstante, la diferencia esencial se planteaba en relación a cómo proceder dentro de esta estabilidad. Si para Lerma había que buscar el entendimiento con Venecia para poder intervenir en la salvaguarda del ámbito de influencia en el Mediterráneo

² M. GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Las jornadas de María de Hungría (1606-1646)*, Madrid 1925, p. 4; A. ÁLVAREZ: “Curioso epistolario en torno a la infanta sor Margarita de la Cruz”, *Hispania Sacra* 24 (1971), pp. 205, 214-215.

³ J. MARTÍNEZ MILLÁN & M^a A. VISCEGLIA (eds.): *La Corte de Felipe III y el gobierno de la Monarquía Católica (1598-1621)*, Madrid 2008, I, cap. 1.

⁴ P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO: “De ‘llave de Italia’ a ‘corazón de la Monarquía’: Milán y la Monarquía Católica durante el reinado de Felipe III”, en *Fragmentos de Monarquía*, Madrid 1992, pp. 193-196; P. WILLIAMS: “El favorito del Rey: Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, V marqués de Denia y I duque de Lerma”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN & M^a A. VISCEGLIA (dirs.): *La Corte de Felipe III...*, *op. cit.*, III, cap. 8.1.

occidental, para Zúñiga la pieza clave de la política hispana eran los Países Bajos, e Italia debía cumplir el papel de base militar para la defensa de los intereses de la Casa de Habsburgo. La entrada de España en la guerra de los Treinta Años en 1618 representaba el éxito de esta segunda opción, mientras que la caída en desgracia de Lerma, en primer lugar, y posteriormente de Osuna, significaba el triunfo de la opción dinástica ⁵.

Junto a Venecia, la inestabilidad en Italia frente a la pretendida quietud por parte de la Monarquía hispana y del papa venía de la mano de la “traición saboyana”. Los intentos de atraer a Carlos Manuel I de Saboya, quien había pasado de su alianza con la Monarquía hispana, sellada con su matrimonio con la infanta Catalina Micaela, a buscar el apoyo francés para culminar sus ambiciones territoriales, se retomaban en 1613, con el envío del marqués de la Hinojosa como gobernador de Milán, amigo personal de Carlos Manuel y protegido de Lerma. Sin embargo, el cuñado de Felipe III ocupaba ese mismo año Monferrato, provocando la llamada primera guerra de Monferrato, de consecuencias nefastas para las armas y política españolas. La destitución de Hinojosa, sustituido por el marqués de Villafranca, hizo mella en la pérdida de autoridad de Lerma, mientras que las relaciones entre Carlos Manuel y el monarca español se hacían posibles a través del vínculo familiar, siendo el hilo conductor de las mismas Filiberto, tercer hijo del de Saboya y sobrino predilecto de Felipe III ⁶. El trato tan familiar y cercano que el monarca procuraba al mismo llevaba a que, a finales de 1613, en la corte se tuviese por cierto que estaba destinado a desposarse con la infanta María ⁷. Sin duda, la oposición de Lerma a que a Filiberto y a su hermano se les diese trato de infantes reflejaba la poca aceptación que hubiese tenido esta opción a causa tanto de los recelos que Filiberto de Saboya despertaba en Lerma como por la oposición de los virreyes en los territorios italianos ⁸.

⁵ R. GONZÁLEZ CUERVA: “Italia y la Casa de Austria en los prolegómenos de la Guerra de los Treinta Años”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN & M. RIVERO RODRÍGUEZ (coords.): *Centros de poder italianos en la Monarquía hispánica (siglos XV-XVIII)*, Madrid 2010, I, pp. 419-422.

⁶ *Ibidem*, pp. 437-440.

⁷ L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid 1857, p. 537, citado por L. M. LINDE: *Don Pedro Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Madrid 2005, pp. 97-98.

⁸ M. Á. BUNES IBARRA: “Filiberto de Saboya, un príncipe que llega a ser Gran Prior”, en M. RIVERO RODRÍGUEZ (ed.): *Nobleza hispana, Nobleza cristiana. La Orden de San Juan*, Madrid 2009, II, pp. 1529-1554.

Por otra parte, como hemos señalado, definida la estabilidad en Italia, la solución al conflicto de los Países Bajos constituía un objetivo primordial en la estrategia política española. Para alcanzar la misma, la alianza con Inglaterra suponía, entre otros beneficios políticos, restar un posible apoyo a los rebeldes flamencos y a los protestantes alemanes sustentado en la solidaridad religiosa. La propuesta de alcanzar una alianza anglohispana a través del matrimonio de la infanta María y el sucesor de Jacobo I de Inglaterra se remontaba a 1611. Si bien el plan trazado inicialmente afectaba a la hermana mayor de María, Ana, y al príncipe Enrique, el compromiso de ésta con Luis XIII de Francia, alcanzado en dicho año, forzaba a Felipe III a ofrecer a su hija menor como contrayente de este matrimonio para evitar desairar al monarca inglés. No obstante, el fallecimiento del príncipe en 1612 condicionaba la continuidad de las conversaciones varios años después, siendo el hijo menor, Carlos, quien asumía el título de príncipe de Gales⁹.

Ciertamente, las negociaciones no se habían planteado de forma decidida, pero habían demostrado una clara voluntad por parte de Jacobo I de alcanzar un acuerdo. No obstante, también se comenzó a barajar la posibilidad de elegir una novia francesa para el príncipe, lo que perjudicaba seriamente los intereses hispanos. Para impedir que esta opción se materializase, Diego Sarmiento de Acuña acudía como embajador a Inglaterra, y, desde 1613, procuraba que se alcanzase un acuerdo en relación con la concertación del enlace entre don Carlos y doña María. El diplomático, que recibía en 1617 el título de conde de Gondomar, fue esencial en el desarrollo de la larga negociación, que culminaba en 1623 con la sorprendente llegada del príncipe de Gales a Madrid dispuesto a finalizar personalmente la misma. El mayor éxito de Gondomar fue lograr a lo largo de un decenio que Jacobo I no alcanzase una alianza estable con Francia, con las Provincias Unidas o con su yerno Federico V del Palatinado que fuese

⁹ Sobre las causas que promovían la alianza entre la Monarquía hispana e Inglaterra, véase R. IGLESIAS: "La estancia en Madrid de Carlos Estuardo, Príncipe de Gales, en 1623: Crónica de un desastre diplomático anunciado", *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, Alicante, 2001. En relación con las primeras negociaciones, J. PÉREZ DE GUZMÁN: "Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España en 1623", *La España Moderna* 208 (1906), pp. 73-94; S. ADAMS: "Spain or the Netherlands? The dilemmas of Early Stuart Foreign Policy", en H. TOMLINSON (ed.): *Before the English civil war*, London 1983, pp. 79-101; G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta. Una boda real frustrada*, Madrid 2004, pp. 23-28.

perjudicial para los intereses hispanos. Sin embargo, cometió un error que marcaba decisivamente las conversaciones en torno a la boda. Siempre pensó que la conversión del príncipe al catolicismo no era una condición imprescindible, pues el pontífice no pondría objeción en conceder la necesaria dispensa a cambio del compromiso por parte de Jacobo I de aumentar su tolerancia hacia la práctica del catolicismo en Inglaterra¹⁰.

El planteamiento del embajador era puesto en duda por los miembros del Consejo de Estado y por diversos teólogos españoles pero, sobre todo, chocaba frontalmente con la negativa de Paulo V de conceder la dispensa sin la previa conversión de Carlos al catolicismo¹¹. El rechazo mostrado por el papa ante la consulta de Felipe III resultaba un importante contratiempo para el monarca hispano. No obstante, las ventajas que ambas monarquía encontraban en las posibilidades que se abrían a través de este enlace provocaban que, en 1614, acudiese a Madrid John Digby con instrucciones de retomar el asunto, y Felipe III decidiese someter la materia a una Junta de teólogos y juristas presidida por el cardenal de Toledo. La recomendación que esta hizo al rey fue que, ante el consiguiente aumento de la religión católica, el bien de la Cristiandad y el beneficio de la Monarquía hispana, procediese a tramitar de forma oficial la dispensa papal, en cuyas manos se dejaba la resolución de esta cuestión¹². El proceso se continuaba y recibía un nuevo impulso en 1617. Mientras que Jacobo I solicitaba a su Consejo Privado que respaldase el proyecto matrimonial y se remitía a Madrid un borrador

¹⁰ G. DAVIES: *The early Stuarts 1603-1660*, Oxford 1959, pp. 54-55; J. GARCÍA ORO: *Don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar y embajador de España (1567-1626). Estudio biográfico*, Santiago de Compostela 1997, pp. 258-261; F. BARTOLOMÉ BENITO: *Don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar. El Maquiavelo español*, Gijón 2005, pp. 75-77; C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España. Un príncipe de Gales busca novia en Madrid*, Madrid 1962, pp. 42-47; J. DURÁN-LORIGA: *El embajador y el rey. El conde de Gondomar y Jacobo I de Inglaterra*, Madrid 2006, pp. 127-130.

¹¹ Sobre la actuación diplomática francesa ante el pontífice para impedir la concertación de esta boda, véase J. PÉREZ DE GUZMÁN: "Las últimas negociaciones de matrimonios regios...", *La España Moderna* 208 (1906), pp. 94-97.

¹² La Junta estimaba que si bien el proyectado matrimonio mixto tenía algunos peligros, estos se encontraban compensados por las ventajas. En consecuencia, habría que exigir a Inglaterra una serie de garantías que minimizasen los inconvenientes (A. M. NAVAS: "Un proyecto de matrimonio mixto a principios del siglo XVII", *Archivo Teológico Granadino* 41 [1978], pp. 40-43).

de las capitulaciones matrimoniales, Felipe III ordenaba que se reuniese nuevamente una Junta de teólogos. Si bien ésta insistía en el dictamen sobre la solicitud al pontífice de la preceptiva dispensa, puesto que don Carlos no parecía dispuesto a mudar de religión, no se tenía mucha confianza en vencer la reticencia papal a causa de las débiles garantías ofrecidas por el monarca inglés¹³.

Asimismo, en plena crisis del valimiento de Lerma y de su consigna sobre la quietud de Italia, el virrey Osuna, que contaba con el apoyo del duque de Uceda, decidía incidir en su determinación de aplacar cualquier alteración que cuestionase el dominio español sobre Italia, y especialmente, en hostigar por mar a Venecia, a pesar de las negociaciones de paz que se desarrollaban en la corte de Madrid. Tras la firma de las paces de 1617 con Saboya y Venecia, éxito diplomático de Lerma, este tomaba el capelo cardenalicio. Su alejamiento de la corte marcaba el comienzo de una nueva etapa. Su hijo no tuvo su misma influencia en política exterior, puesto que no tenía asiento en el Consejo de Estado. Por otra parte, tampoco pudo ejercer el poder de su padre en los asuntos internos, pues el rey reclamaba la presencia en la corte de personas que se habían visto postergadas por el poder de Lerma, como Baltasar de Zúñiga, el conde de Benavente, el cardenal Zapata o Filiberto de Saboya. Si bien no componían una facción con objetivos políticos comunes, impidieron que Uceda ocupase la parcela de poder dejada por su padre¹⁴. El conde de Benavente ocupaba la presidencia del Consejo de Italia en 1618, mientras que la estrategia en la política exterior daba un importante giro tras la defenestración de Praga y la rebelión protestante de Bohemia contra el archiduque Fernando, quien, al año siguiente, asumía el título imperial. En esta nueva situación, el protagonismo de Baltasar de Zúñiga fue incrementándose, no solo como voz autorizada en el seno del Consejo de Estado, sino como mediador de los intereses de la familia imperial en la corte de Madrid. Sin embargo, sus consejos encontraron tan buena acogida porque coincidían con los deseos del propio Felipe III y de sor Margarita de la Cruz de actuar en defensa de los intereses dinásticos. Este cambio en la estrategia política tuvo que enfrentarse con dos escollos importantes. El primero estaba referido a las dificultades financieras que atravesaba la Monarquía, que se veían incrementadas por el

¹³ Sobre el desarrollo de las negociaciones, véase A. M. NAVAS: "Un proyecto de matrimonio mixto...", *op. cit.*, pp. 43-45; R. LOCKYER: *The Early Stuarts. A political history of England, 1603-1642*, London-New York 1989, pp. 20-21 y 290-292.

¹⁴ P. WILLIAMS: "El favorito del Rey...", *op. cit.*, pp. 251-252.

cambio de escenario bélico a Bohemia. El segundo estribaba en poner un final definitivo a las hostilidades existentes en el norte de Italia provenientes de la actuación de Saboya y Venecia, así como de la actuación de los encargados de la política hispana en la zona, especialmente de Osuna, cuya actividad frente a venecianos y turcos no tenía aceptación dentro de la nueva perspectiva¹⁵. No obstante, la mayor oposición a la actuación del virrey vino desde el interior de Nápoles. Un importante grupo de nobles y la Magistratura del reino elegían al capuchino fray Lorenzo de Brindisi, quien llegaba a Madrid en 1619, para presentar al rey las quejas de sus vasallos napolitanos. Como resultado de esta misión, Brindisi obtenía que Felipe III ordenase el comienzo de una investigación sobre la gestión de Osuna. A comienzos del año siguiente, el virrey fue llamado a Madrid para que pudiese defenderse de las acusaciones vertidas en su contra, y, tras diversas dilaciones relacionadas con su resistencia a abandonar el cargo, era recibido por Felipe III. La única intervención en asuntos políticos que conocemos de la infanta María en estos años estuvo referida a este asunto. Ante las dificultades que había de afrontar su esposo, la duquesa de Osuna escribió solicitando la intercesión de doña María, quien respondió de forma cariñosa a la misiva¹⁶. Esta petición de intercesión demostraba la cercanía que la infanta tuvo con Felipe IV. Doña María se encontró desde su niñez muy unida a su hermano mayor, que también la distinguió con su aprecio. Así mismo, la marcha de su hermana Ana para convertirse en la esposa de Luis XIII de Francia, se veía compensada para María con la llegada de Isabel de Borbón, a quien le unió una profunda amistad¹⁷.

La muerte de Felipe III, en marzo de 1621, dejaba a su heredero la responsabilidad de determinar el futuro de su hermana menor, a la que su padre había pedido que Felipe IV protegiese especialmente¹⁸. Parece que la decidida oposición de Felipe III poco antes de su muerte hacia el proyecto de matrimonio de su hija con un hereje marcaba la determinación del joven monarca de no ceder a su hermana, quien también había expresado su rechazo ante este pretendiente

¹⁵ R. GONZÁLEZ CUERVA: "Italia y la Casa de Austria...", *op. cit.*, p. 466.

¹⁶ CODOIN vol. 47, p. 528. Efectivamente, la duquesa fue recibida por Felipe IV en 1621 (L. M. LINDE: *Don Pedro Girón...*, *op. cit.*, pp. 226 y 247).

¹⁷ M. GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Las jornadas de María de Hungría...*, *op. cit.*, pp. 4-5; C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 103-113.

¹⁸ C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 49 y 103.

por causas religiosas¹⁹. Realmente, en torno a 1620, las negociaciones en relación con el enlace matrimonial habían entrado en vía muerta, puesto que parecían ancladas ante la imposibilidad por parte de Jacobo I de ofrecer medidas más convincentes sin implicar al Parlamento, cuya hostilidad al proyecto era manifiesta, y por la negativa de Paulo V a otorgar su licencia si no se otorgaba la libertad de conciencia para los católicos²⁰. No obstante, el fallecimiento del papa en 1621 y la llegada a la Silla de Pedro de Gregorio XV, más proclive que su predecesor a autorizar la boda, así como la destreza de Gondomar para alimentar la esperanza, hicieron que el monarca británico volviese a impulsar las conversaciones. En esta situación, en un asunto en que se comprometía la conciencia de la infanta ante la posibilidad de matrimoniar con un hereje, el influjo del confesor sobre la opinión de doña María al respecto adquiriría una especial relevancia.

EL CONFESOR DE LA INFANTA

Y EL PROYECTO DE MATRIMONIO CON EL PRÍNCIPE DE GALES

En 1618, el franciscano descalzo fray Juan de Santa María fue designado por Felipe III como confesor de los infantes. Posteriormente, acudía a la jornada de Portugal en el ejercicio de esta dignidad, encargado de la confesión de la infanta doña María²¹. La designación de fray Juan de Santa María para acudir

¹⁹ G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, pp. 109-111.

²⁰ En este sentido, resultaron infructuosas las gestiones que el dominico Diego de la Fuente, confesor del conde de Gondomar, realizó en Roma para suavizar las exigencias papales (J. GARCÍA ORO: *Don Diego Sarmiento de Acuña...*, *op. cit.*, pp. 273-281 y 306-313; F. BARTOLOMÉ BENITO: *Don Diego Sarmiento de Acuña...*, *op. cit.*, pp. 109-118; J. DURÁN-LORIGA: *El embajador y el rey...*, *op. cit.*, p. 112).

²¹ AGP, Personal, caja 975, exp. 31; A. ALMANSA MENDOZA: *Cartas de Andrés de Almansa y Mendoza. Novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes 1621-1626*, Madrid 1886, p. 121; M. DE GUADALAXARA Y XAVIER: *Quinta parte de la Historia pontifical y católica*, Madrid 1652, p. 379. Junto al citado confesor, se nombraban para el servicio de la infanta a cuatro dueñas de honor, que compartía con la princesa Isabel de Borbón, y tres damas, Elvira de Guzmán, Juana de Mendoza e Isabel de Aragón, así como una menina, Francisca de Tavora, para su servicio específico (J. B. LAVANHA: *Viage de la católica Real Majestad del rei D. Filipe III N. S. al Reino de Portugal*, Madrid 1622, fol. 1v).

a Portugal apuntaba una tendencia que se iba a reiterar en los años siguientes, como era la incorporación al entorno de doña Isabel de Borbón y de la infanta María de servidores que se habían distinguido por su oposición al duque de Lerma o a sus protegidos, y, en el ámbito religioso, por la relación con sor Margarita de la Cruz y el entorno de las Descalzas Reales. En el caso del franciscano Santa María, que había sido confesor de la misma, sus críticas al entorno del duque se centraban en el limosnero mayor Diego de Guzmán y en el funcionamiento de la capilla real²². Fray Juan de Santa María falleció el 18 de noviembre de 1622. No obstante, posiblemente con anterioridad, la infanta había comenzado a confesarse con el franciscano fray Juan Venido. Felipe III le nombraba confesor de sus hijos Fernando y Carlos cuando ocupaba el cargo de superior en el convento de La Aguilera. Sin embargo, hubo de abandonar este cometido al ser designado comisario general en Perú en 1600, labor en la que se empleaba hasta 1611. No volvía a establecer su residencia en Madrid hasta 1617, cuando fue nombrado comisario general de Indias, y, al año siguiente, fue elegido comisario general de toda la familia cismontana, cargo que ejercía por un espacio de tres años. Tras este periodo, en 1621, recibía el título de definidor perpetuo de la Orden. Además, como hemos señalado, Felipe III le encomendó que se ocupase de la confesión de su hija María. Gran predicador, mantuvo un criterio contrario a que la infanta se desposase con un hereje²³. En este sentido, la infanta, durante largos años, se mostró hostil ante la idea de casarse con el príncipe de Gales por motivos religiosos. Ciertamente, gran parte de las personas que la rodeaban se encargaron de incrementar sus temores sobre la vida que le esperaba en Inglaterra, especialmente, su propio confesor y su tía Margarita

²² Sobre este religioso y sus polémicas opiniones y actuaciones, véase L. PÉREZ: “Los custodios y provinciales de la provincia de San José”, *Archivo Ibero-americano* 21 (1924), pp. 171-186; M. D. PÉREZ BALTASAR: “La crónica franciscana en tiempos de Felipe II. Juan de Santa María y la crónica de la provincia de San José”, en E. MARTÍNEZ RUIZ (dir.): *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía. Las ciudades: vida y cultura*, Madrid 2000, III, pp. 299-304 y 316-319; F. NEGREDO DEL CERRO: “La capilla de palacio a principios del siglo XVII. Otras formas de poder en el Alcázar madrileño”, *Studia historica* 28 (2006), p. 83.

²³ Fray Juan Venido ha pasado desapercibido como confesor de la infanta María para un gran número de estudiosos, que han señalado a fray Diego de Quiroga como el sucesor de fray Juan de Santa María en el desempeño de esta dignidad (B. DE CARROCERA: “El padre Diego de Quiroga, diplomático y confesor de reyes, 1574-1649”, *Estudios franciscanos* 50 [1949], p. 81).

desde el convento de las Descalzas Reales²⁴. La oposición papal a conceder la dispensa, así como los temores de Isabel Clara Eugenia respecto a lo que podría suponer el acuerdo con Inglaterra para los Países Bajos completaban el frente de oposición al matrimonio²⁵.

Sin embargo, la delicada situación política en el contexto bélico europeo presionaba al conde-duque de Olivares que, por una parte, debía poner fin a la negociación según el deseo del rey, pues Felipe IV se mostraba proclive a respetar la opinión de su hermana, pero, por otra, se debía evitar cualquier acción que acercase a la Monarquía inglesa a una alianza con los protestantes. Por tanto, el manejo de la situación requería que Jacobo I se mantuviese convencido de poder alcanzar la concertación del matrimonio, por lo que las negociaciones se continuaron con normalidad a lo largo de 1622, mientras que las gestiones realizadas en Roma por los distintos enviados hispanos debían ser convincentes pero estériles en cuanto a la obtención de la imprescindible dispensa papal²⁶. En este sentido, a finales de dicho año, Olivares proponía una alternativa al Consejo de Estado, consistente en que el príncipe de Gales se desposase con la hija mayor del emperador, mientras que la infanta María celebraría su enlace con el archiduque Fernando, proyecto que se venía valorando desde 1617. Sin embargo, el Consejo de Estado rechazaba esta alternativa, y, posteriormente, la llegada de Carlos a Madrid hacía inviable de forma inmediata la opción austriaca²⁷.

²⁴ J. PÉREZ DE GUZMÁN: “Las últimas negociaciones de matrimonios regios...”, *La España Moderna* 209 (1906), p. 85; 210 (1906), p. 57, define esta situación como el “complot de las Descalzas”.

²⁵ En este sentido, la infanta fue cambiando esta aversión inicial por la ilusión durante los meses de presencia del pretendiente en Madrid, y, posteriormente, por la decepción ante el fracaso de las negociaciones (C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 51, 111-114, 209-210, 215-216 y 226-229).

²⁶ A las gestiones de la Junta de Estado formada para supervisar las consultas del Consejo de Estado sobre este tema, y a la conformada para hacer un seguimiento de las negociaciones, se unía la actuación de fray Diego de la Fuente y el duque de Alburquerque en Roma, donde se había constituido una comisión de cardenales (J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía Hispánica, siglos XVI-XVII*, Madrid 1998, p. 460; G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, pp. 78-83; L. VON PASTOR: *Historia de los Papas*, Barcelona 1945, vol. 27, pp. 176-177; G. HUXLEY: *Endymion Porter. The life of a courtier, 1587-1649*, London 1959, pp. 24-27).

²⁷ La propuesta de Olivares se completaba con que el hijo del elector del Palatinado recibiese una educación católica en la corte de Viena y, posteriormente, se desposase con la

En este sentido, cabe recordar que la gestión política del emperador Rodolfo II había sumido al Sacro Imperio en una profunda crisis. Sus problemas psicológicos habían deparado su inquebrantable negativa a nombrar rey de Romanos a su hermano Matías, y en consecuencia, habían puesto en peligro la sucesión al propio Imperio, así como en territorios cuyas coronas eran electivas, como eran Hungría y Bohemia, en los que la mayoría protestante abría la posibilidad de que pudiesen ser ocupadas por enemigos de los Habsburgo. La situación generada alteraba el orden tradicional, en el que los Habsburgo garantizaban la defensa del catolicismo, ponían límite a las ambiciones de los príncipes alemanes, y aseguraban la estabilidad fronteriza con el Turco. Por otra parte, al tratarse Milán de una concesión imperial, esta inestabilidad ponía en peligro igualmente la pieza clave de la hegemonía hispana en Italia y en los Países Bajos. Si bien el conflicto sucesorio se cerraba en 1612 con la ocupación de Matías I de los títulos heredados de su hermano, el problema seguía sin resolverse a causa de la ancianidad del nuevo emperador y de su carencia de descendencia directa. Puesto que Maximiliano y Alberto, hermanos de los anteriores, presentaban unas características semejantes, se pensaba como candidatos a la sucesión en el propio Felipe III o bien en su cuñado Fernando de Estiria. En esta disyuntiva, el monarca hispano se inclinó por seguir el consejo del duque del Infantado, quien, tras la muerte de Juan de Idiáquez se había convertido en el referente para el rey dentro del Consejo de Estado en detrimento del criterio de Lerma. En 1616, el duque del Infantado se mostraba proclive a ceder los derechos sucesorios de Felipe III a Fernando de Estiria a cambio de que los hijos varones de don Felipe tuviesen preferencia en la sucesión respecto a las hijas de don Fernando, y que éste negociase el matrimonio de su primogénito con una infanta española. Además de fortalecer la unión dinástica, se obtenían con este acuerdo otros beneficios para la Monarquía hispana en Italia, puesto que Fernando se comprometía a conceder a

hija más joven del emperador, para poder recibir las tierras de su padre (J. H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares*, Barcelona 1991, pp. 217-218; G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, pp. 114-116). Por su parte, el embajador Franz Christoph Khevenhüller, en su intento de que no se llevase a cabo la boda entre don Carlos y doña María, proponía que el papa otorgase licencia para que el príncipe de Gales se casase con la hija del emperador, puesto que esta estaba más acostumbrada a tratar con protestantes, por lo que habría un menor peligro para la misma, y las costumbres y la lengua anglosajona eran más cercanos al alemán que al español (M. PREVOSTI VIVES: “María d’Hongria a Barcelona: exemple de rebuda d’un personatge reial a la Barcelona del segle XVII”, *Pedralbes* 18 [1998], p. 170).

Felipe III, cuando hubiese alcanzado la dignidad imperial, todos los feudos imperiales que quedasen libres en dicho territorio. Tras las pertinentes deliberaciones, el monarca y el Consejo de Estado respaldaban esta solución. En 1617 se firmaba el tratado de Oñate en los términos referidos, y que venía a clarificar la cuestión sucesoria al Imperio y a los tronos de Hungría y Bohemia. El estallido de la guerra de los Treinta Años sólo un año después forzaba a la Monarquía hispana a la defensa de los derechos de Fernando de Estiria²⁸.

En cierta manera, Olivares cifraba parte de sus esperanzas en poder salir de la situación generada por la opción inglesa sin tener que intervenir él directamente, sino parapetándose en la negativa del papa en conceder la dispensa. Esta actitud constituye una excepción en relación con la política que Olivares pretendía llevar a cabo respecto a la Santa Sede, completamente diferenciada del reinado anterior. Frente a la sumisión a los designios papales a la que se había asistido durante el reinado de Felipe III, Olivares inició el camino de distanciar las directrices políticas de la Monarquía del seguimiento estricto de las decisiones pontificias. Sin embargo, la negativa del pontífice constituía un buen asidero para Olivares, pues le permitía paralizar las negociaciones y zafarse, finalmente, de alcanzar un acuerdo sin que pareciese que España fuese responsable de la situación generada y del rechazo a la alianza inglesa. De esta manera, se plegaba y aceptaba la negativa del pontífice para que Jacobo I no pudiese culpar directamente al rey de España y convertirse en sustentador de sus enemigos. En este sentido, había que mantener dos posibles opciones: que la conversión espontánea y sorpresiva de don Carlos posibilitase el matrimonio, para lo que era necesario tener preparadas las condiciones y garantías necesarias tanto para la infanta María como para los católicos ingleses, o que, en caso de que el príncipe nunca diese ese paso, el papa se mostrase inflexible sobre el libre y público ejercicio de la religión católica en dichos reinos y sobre la irrenunciable declaración de libertad de conciencia aprobadas por el Consejo privado y el Parlamento. En ambos casos, el objetivo era que Jacobo I entendiese que las condiciones exigidas eran excesivas y abandonase por libre voluntad el proyecto. Ciertamente, la opinión de Olivares era que la Monarquía hispana e Inglaterra tenían intereses comunes en el ámbito político y económico, por lo

²⁸ Sobre estas cuestiones, véase P. WILLIAMS: "El favorito del Rey...", *op. cit.*, p. 249; M. S. SÁNCHEZ: "A House Divided: Spain, Austria, and the Bohemian and Hungarian Successions", *Sixteenth Century Journal* XXV/4 (1994), pp. 887-903; R. GONZÁLEZ CUERVA: "Italia y la Casa de Austria...", *op. cit.*, pp. 416-426 y 432.

que era deseable el alcanzar un acuerdo, pero sin tener que recurrir a un enlace real²⁹.

El 17 de marzo de 1623 llegaba a Madrid don Carlos tras realizar un viaje de incógnito con la única compañía del marqués de Buckingham y un pequeño grupo de servidores. Semejante peripecia estaba motivada por el deseo del príncipe inglés de finalizar personalmente las estáticas negociaciones³⁰. Su presencia en la corte alteraba no solo el desarrollo de las mismas sino la vida de la corte en sí. Felipe IV se veía obligado a suspender, mientras durase la visita, las leyes para la contención del gasto suntuuario, y a constituir una junta para organizar fiestas y cuidar de la comodidad del príncipe. Ciertamente, además de la obligada cortesía, había detrás de todos los eventos y regalos una cierta intención de lograr el aturdimiento del príncipe mientras que se retardaban las conversaciones sobre el matrimonio y se encontraba la manera de que la responsabilidad de la Monarquía española quedase desvinculada de la finalización de las mismas³¹.

Asimismo, el duque de Pastrana acudía a Roma con la misión oficial de informar de la presencia del príncipe de Gales en Madrid³². En la corte romana, el

²⁹ Estas consideraciones ya han sido puestas de manifiesto en H. PIZARRO LLORENTE: “El proyecto matrimonial entre el príncipe de Gales y la infanta María (1623): una polémica política y teológica”, “Estudio” a Fr. F. de J. JÓDAR, O. Carm.: *Papeles sobre el Tratado de matrimonio entre el príncipe de Gales y la infanta María de Austria (1623)*, Madrid 2009, pp. 9-78.

³⁰ La singularidad del hecho ha provocado que la bibliografía inédita y publicada sobre el acontecimiento sea copiosísima. Sin duda, la más conocida, fue la realizada por A. ALMANSA MENDOZA: *Relación de la venida y entrada del príncipe de Gales en 1623* (BNE, Ms. 10.794). Una amplia referencia a las relaciones escritas sobre la estancia del príncipe en Madrid tanto en prosa como en verso en J. ALENDA Y MIRA: *Relación de las solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid 1903, pp. 214-231; D. SOTO Y AGUIRRE: *Jornada madrileña del príncipe de Gales. Fiestas de toros y cañas en su honor*, Madrid 1967; J. SIMÓN DÍAZ: *Relación de los actos públicos celebrados en Madrid (1541-1650)*, Madrid 1982, pp. 197-218 y 236-262; A. REDONDO: “Fiestas y literatura en Madrid durante la estancia del príncipe de Gales, en 1623”, *Edad de Oro* 17 (1998), pp. 119-136. Asimismo, R. Iglesias se está ocupando de realizar ediciones comentadas de las creaciones literarias sobre esta visita, que se pueden consultar en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

³¹ J. PÉREZ DE GUZMÁN: “Las últimas negociaciones de matrimonios regios...”, *La España Moderna* 209 (1906), pp. 76-90; G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, p. 134; C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 121-122 y 125-128.

³² *Cartas de Andrés Almansa y Mendoza...*, *op. cit.*, pp. 203-204; J. PÉREZ DE GUZMÁN: “Las últimas negociaciones de matrimonios regios...”, *La España Moderna* 209 (1906), p. 96.

asunto se encomendaba al cardenal Ludovico Ludovisi, sobrino de Gregorio XV y secretario de Estado, y la Junta de cardenales. Don Carlos y Buckingham comunicaban a Jacobo I su satisfacción por las gestiones del Olivares en Roma para tratar de que se concediese la dispensa sin dilación, pero apuntaban que el pontífice no era partidario de dicho otorgamiento, y que el nuncio era abiertamente hostil al proyecto matrimonial. El monarca británico era consciente de las dificultades del asunto, sobre todo por lo que conlleva de reconocimiento del poder del papa, y recordaba a su hijo y su consejero la polémica que había mantenido en este sentido con el cardenal Bellarmino ³³.

Por su parte, Olivares hubo de manejar los planteamientos del Consejo y de la Junta de Estado para que se plegasen a su estrategia. No obstante, mantenía que los mayores beneficios de este matrimonio se obtendrían en el campo de la religión, no en el ámbito de la política, por lo que era fundamental la opinión de los teólogos ³⁴. La Junta Magna de teólogos, convocada por un mandato real fechado el 7 de abril, estaba conformada por una cuarentena de integrantes, y se reunían por primera vez el día 16 de dicho mes ³⁵. Su cometido era dictaminar

³³ En torno a esta cuestión, véase B. BOURDIN: *La genèse théologique-politique de l'État moderne: la controverse de Jacques Ier d'Angleterre avec le cardinal Bellarmin*, París 2004; J. PÉREZ DE GUZMÁN: "Las últimas negociaciones de matrimonios regios...", *La España Moderna* 210 (1906), pp. 50-51; C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 177-179.

³⁴ En torno al alcance real del posible acuerdo, véase L. VON PASTOR: *Historia de los Papas*, *op. cit.*, vol. 27, pp. 188-190; J. H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares*, *op. cit.*, pp. 218-221; L. ROSALES: "La alianza angloespañola en el año 1623", *Revista de Estudios Políticos* 21 (1945), pp. 79-107; P. SANZ CAMAÑES: *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII. Razón de Estado y Relaciones de Poder durante la Guerra de los Treinta Años*, Cuenca 2002, cap. II.

³⁵ BNE, Ms. 8719, fol. 91r-v; G. GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro eclesiástico de las Iglesias metropolitanas y catedrales de los Reynos de las dos Castillas*, Madrid 1645, I, pp. 119-121. La relación de convocados a la Junta que aparece reflejada en J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, p. 461, reproduce la transcrita por R. RODRÍGUEZ-MOÑINO: *Razón de Estado y dogmatismo religioso en la España del siglo XVII. Negociaciones hispano-inglesas de 1623*, Barcelona 1976, pp. 168-169, quien refleja un documento conservado en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid) que tiene algunas diferencias respecto a la lista recogida en dicho manuscrito de la Biblioteca Nacional. Estas diferencias son importantes porque subsanan errores que han ido repitiendo diferentes autores, como el que afecta al obispo de Ciudad Rodrigo, nombrado como obispo de Ciudad Real, ya aparecía denominado así en J. PÉREZ DE GUZMÁN: "Las últimas negociaciones de matrimonios regios...", *La España*

si el proyectado matrimonio era beneficioso para el conjunto de la Cristiandad, y establecer las garantías que Jacobo I y su hijo debían ofrecer a Felipe IV, para que éste pudiese argumentar ante el papa las ventajas del enlace. Olivares se ocupó de que los teólogos convocados a la Junta Magna fuesen personas afines a sus criterios, lo que convirtió a la misma en un instrumento más de su estrategia política. Como sucediese en otros ámbitos, aquellos de sus componentes que actuaron en contradicción a los deseos de Olivares cayeron en desgracia y fueron alejados de la corte ³⁶.

Los miembros de la Junta explicitaron distintas opiniones en relación a cómo se debía proceder en este asunto. El grupo mayoritario sustentaba que el rey y príncipe británicos debían jurar guardar todas las condiciones asentadas en el desarrollo de las negociaciones, así como las que se habían establecido nuevas por parte de la Santa Sede, y que con este compromiso se podría celebrar la boda, pero suspendiendo la consumación y la entrega de la infanta por un año, a la espera de comprobar que se procedía según lo acordado. En este bloque se encontraban integrados el confesor de la infanta doña María y el capuchino Diego de Quiroga, quien sustituía a fray Juan Venido en esta dignidad en 1628 ³⁷. En mayo, la Junta Magna de teólogos fue compelida a que emitiese un informe definitivo sobre las cuestiones sometidas a su consideración. Finalmente, la junta resolvía en conformidad con el voto mayoritario, en el que se establecía el periodo de un año tras la boda en que doña María permanecería en España. Si durante el mismo no se cumpliera con lo estipulado por parte del monarca británico, el papa podría anular el matrimonio. Añadían que, además del Consejo Privado de Inglaterra, debían jurar el fin de las persecuciones a los católicos los Consejos Privados de Escocia e Irlanda y producirse la consiguiente revocación legal en los Parlamentos de Edimburgo y Dublín. Es decir, el libre ejercicio de la religión católica debía quedar asegurado en todos los

Moderna 210 (1906), p. 74, cuando dicha diócesis no existía en el siglo XVII (*DHEE*, I, pp. 416-420). Tampoco existía el título de Obispo de Atenas, sino que la nominación está referida al de Petra, o la imposibilidad de identificar por solo “Juan Federico” al jesuita Kedler.

³⁶ H. PIZARRO LLORENTE: “El proyecto matrimonial...”, *op. cit.*

³⁷ Los miembros de la Junta se agruparon en cuatro grandes bloques en función de la exigencia de garantías sobre el acuerdo conducente a la consecución del matrimonio. Las votaciones aparecen recogidas en BNE, Ms. 9405, fols. 88-97; Ms. 8719, fols. 121r-122r.

reinos Estuardo³⁸. Por su parte, el príncipe de Gales era consciente de que si la infanta no le acompañaba en su retorno a Inglaterra, el proyecto matrimonial era un fracaso, independientemente de las promesas que hiciese antes de iniciar su retorno³⁹.

Así pues, el dictamen de la Junta se había ajustado perfectamente a la estrategia de Olivares. De la misma manera, el Consejo de Estado, en la reunión mantenida el 17 de mayo, destacaba los beneficios que se derivarían para España e Inglaterra de esta alianza. Tomadas las precauciones oportunas para asegurar el bienestar espiritual de la infanta, no creían que Jacobo I faltase a los compromisos adquiridos con tanto esfuerzo. Sin embargo, Olivares emitía un voto particular contrario a este parecer, y significaba las dificultades que tenía el proyecto. Lógicamente, no planteaba abiertamente la ruptura del compromiso, sino la conveniencia de aumentar las exigencias políticas y religiosas. Se trataba, como hemos referido, de fijar una cota imposible de aceptar para Jacobo I y su hijo, que serían así los responsables de haber malogrado las negociaciones cuando rechazasen el acuerdo⁴⁰.

No obstante, la situación para Olivares se complicaba cuando la Junta de cardenales, impresionados por la intrepidez de don Carlos, decidió proceder al despacho de la dispensa que posibilitaba el matrimonio, fechada el 11 de abril de 1623, y de la que hacía entrega el nuncio Innocenzo de Massimi el 4 de mayo⁴¹. Las condiciones establecidas eran muy exigentes, y se añadían, además, garantías adicionales. Asimismo, se reflejaba la premisa de la ratificación previa

³⁸ BNE, Ms. 8719, fols. 91v-93v; AHN, Estado, libro 737, fols. 305-308; J. PÉREZ DE GUZMÁN: "Las últimas negociaciones de matrimonios regios...", *La España Moderna* 210 (1906), pp. 74-75; G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, p. 183; C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 202-203; L. VON PASTOR: *Historia de los Papas*, *op. cit.*, vol. 27, pp. 193-194.

³⁹ G. HUXLEY: *Endymion Porter...*, *op. cit.*, pp. 106-108.

⁴⁰ BNE, Ms. 2354, fols. 13-19; AHN, Estado, libro 737, fols. 340-366; J. PÉREZ DE GUZMÁN: "Las últimas negociaciones de matrimonios regios...", *La España Moderna* 210 (1906), pp. 72-73; C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 186-193. De la misma manera, en reuniones previas, se había tratado sobre la conveniencia de que el rey cediese a la petición papal de prestar juramento sobre el cumplimiento de las condiciones establecidas por el papa por parte de Jacobo I (AHN, Estado, libro 739, fols. 238-239 y 243-244; L. VON PASTOR: *Historia de los Papas*, *op. cit.*, vol. 27, p. 191).

⁴¹ BNE, Ms. 8719, fols. 235r-237r; Ms. 8512, fols. 160-162.

al enlace del Consejo Privado y del Parlamento. Olivares insistía ante el Consejo de Estado en que la infanta no saldría de España solo con vagas promesas por parte de Jacobo I y de su hijo en cuanto a la abolición de las leyes que penalizaban a los católicos ingleses ⁴². Igualmente, la decisión favorable a la celebración del matrimonio de la Junta y del Consejo de Estado fue comunicada al príncipe y a Buckingham por Olivares el 2 de julio. Jacobo I y su hijo aceptaban todas las condiciones establecidas por el papa y por parte de la Monarquía española unas semanas después ⁴³. En este sentido es importante aclarar que don Carlos no tenía libertad de movimiento, y obtuvo una contundente y reiterada negativa de Olivares a ceder a su deseo de abandonar Madrid, expresado por primera vez en el mes de mayo. Su preocupación se fue incrementando a medida que pasaron las semanas, e incluso llegó a proponer a su padre que autorizase su marcha de incógnito, de manera similar a como había llegado. La transmisión de lo que entendía una situación amenazante para él ante la posibilidad de convertirse en un rehén, arrancó de Jacobo I el permiso para negociar como creyese necesario para asegurar su marcha y su disposición a respaldar aparentemente las promesas que se viese forzado a realizar ⁴⁴. Así se iniciaba el doble juego desarrollado por el príncipe de Gales y el monarca inglés. Mientras que aseguraba su regreso a Inglaterra, consciente del definitivo fracaso obtenido al no poder hacerlo con su esposa, don Carlos comenzó a afirmar en su correspondencia que la verdadera causa de la frustración del proyecto se debía al retraso en el despacho de la dispensa papal, a la cuestión del Palatinado, y a su defensa de la causa protestante en Alemania. No obstante, Jacobo I y su Consejo, en presencia de los embajadores españoles, procedían a jurar en público que no se ejecutaría ninguna ley adversa para los católicos y no se promulgarían leyes nuevas en su contra. El juramento de don Carlos respecto a su compromiso de respetar las premisas que se le imponían se produjo el 7 de septiembre.

⁴² J. PÉREZ DE GUZMÁN: "Las últimas negociaciones de matrimonios regios...", *La España Moderna* 210 (1906), pp. 62-69; C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 198-199.

⁴³ G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, pp. 189-190 y 194; M. A. OCHOA BRUN: *Historia de la diplomacia española. La edad barroca: I*, Madrid 2006, pp. 285-294.

⁴⁴ Sobre las razones que pudieron mover a Olivares a denegar el permiso al Príncipe para su regreso, así como la ausencia de una amenaza real para el príncipe, véase G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, pp. 180-181 y 186-187.

Abandonaba Madrid con el acuerdo de la celebración de una boda por poderes diez días después de la llegada de la dispensa del nuevo pontífice Urbano VIII, y de que la infanta, a la que se comenzaba a llamar princesa de Inglaterra, acudiría a la corte de Jacobo I en la primavera de 1624 ⁴⁵.

Durante su viaje de vuelta a Inglaterra en septiembre de 1623, el príncipe de Gales dejaba constancia de su decisión de no cumplir con los compromisos adquiridos ⁴⁶. No obstante, se continuaron las negociaciones referidas a la dote de la infanta, en la que Jacobo I había puesto la esperanza de poder paliar sus graves problemas económicos. Así, varios miembros del Consejo de Estado se reunían con los representantes británicos para tratar sobre la cuantía de la misma. Olivares se mostró contrario a hacer efectiva la cuantiosa cantidad acordada por establecer un precedente que podría ser perjudicial para otras infantas españolas ⁴⁷. En octubre, Jacobo I respaldaba la decisión de su hijo de no respetar el compromiso adquirido en relación al enlace, cuando este se encontraba ya en Inglaterra. Si el asunto del Palatinado había supuesto una excusa para salvar el prestigio de los Estuardo dentro y fuera de Gran Bretaña, el príncipe decidía ahondar en esta perspectiva para pasar a ser visto como un mártir religioso, que renunciaba a su matrimonio por la defensa de la causa palatina y, por extensión, del protestantismo en Europa ⁴⁸.

FRAY DIEGO DE QUIROGA Y LA INFANTA DOÑA MARÍA

La relación de fray Diego con los asuntos de la infanta María se iniciaba en 1623, cuando fue requerida su participación en diversas actividades vinculadas

⁴⁵ J. H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares*, *op. cit.*, pp. 222-223.

⁴⁶ Una relación de la salida del príncipe de la corte el 9 de septiembre en BNE, Ms. 8719, fols. 241r-243v; G. DE ANDRÉS: "La despedida de Carlos Estuardo, príncipe de Gales, en El Escorial (1623) y la columna-trofeo que se levantó para perpetua memoria", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 10 (1974), pp. 113-132.

⁴⁷ AHN, Estado, libro 739, fols. 310 y 321-323.

⁴⁸ K. SHARPE: *Politics and Ideas in Early Stuart England. Essays and Studies*, London 1989, pp. 147-173; G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, pp. 207-212 y 287-289. Mientras tanto, se había recibido la dispensa papal, y se había designado la fecha del 29 de noviembre para los esponsales, mientras que el matrimonio se celebraría el 2 de diciembre (C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, p. 230).

al proyecto matrimonial con el príncipe de Gales y fue convocado a la Junta Magna de teólogos⁴⁹. Como sucediese con otros religiosos contrarios a la celebración del enlace, se integró en el grupo mayoritario, que dio el beneplácito a la boda con el cumplimiento de una serie de condiciones. En este sentido, hay que apuntar que no se conoce el dictamen por escrito de Quiroga, que fue requerido a todos los miembros de la Junta, aunque fue entregado a la imprenta. Por otra parte, esta fue una característica común a los memoriales elaborados por aquellos religiosos que, integrados en el citado grupo, no estimaron prudente mantener un parecer abiertamente contrario a la celebración del enlace. Algunos de ellos se atrevieron, años después, a hacer pública de manera sutil su verdadera opinión, como fue el caso del carmelita Francisco de Jesús Jódar⁵⁰. No obstante, en el caso de Diego de Quiroga, una petición expresa del nuncio apostólico, por la amistad existente entre ellos, le llevó a retrasar la visita que tenía proyectada a los conventos andaluces en el cumplimiento de las obligaciones de su cargo hasta que finalizó el citado dictamen, que estaba terminado previamente a su intervención en la Junta⁵¹.

Los intentos de conversión del príncipe de Gales al catolicismo que se realizaron durante su estancia en la corte española comprendieron la intención de conmovier su ánimo a través del impacto visual del ceremonial católico⁵², así como

⁴⁹ Nació en Orense en 1574, y falleció en Madrid en 1649 (B. DE CARROCERA: “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, pp. 71-79).

⁵⁰ B. DE CARROCERA: *La provincia de frailes menores capuchinos de Castilla*, Madrid 1949, I, p. 375; “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, pp. 79; P. M. GARRIDO, O. Carm.: “Cuatro discursos sobre el tratado de matrimonio que el príncipe de Gales pretende con la serenísima señora infante María según los diferentes estados que ha ido teniendo esta materia”, estudio a Fr. Francisco de Jesús JODAR, O. Carm.: *Papeles sobre el Tratado...*, *op. cit.*, pp. 97-102.

⁵¹ A. DE VALENCIA: *Reseña histórica de la provincia capuchina de Andalucía y varones ilustres en ciencia y virtud que han florecido en ella desde su fundación hasta el presente*, Sevilla 1906, pp. 233-234.

⁵² Así, el Domingo de Ramos fue invitado a presenciar la procesión realizada por la familia real por los pasillos del alcázar, el Jueves Santo pudo ver a Felipe IV honrar a los pobres, mientras que el Viernes Santo asistió a una impactante procesión de frailes descalzos, en la que pudo observar el alto nivel de mortificación de los penitentes. Todos los actos, al igual que posteriormente la procesión de Corpus Christi en el mes de junio, se hicieron con una solemnidad desusada (C. PUYUELO Y SALINAS: *Carlos de Inglaterra en España...*, *op. cit.*, pp. 179-182; G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, p. 142).

opciones más intelectuales. Olivares sugirió que don Carlos debía escuchar y tener la oportunidad de debatir argumentos a favor de la Iglesia de Roma. En este sentido, el papa había enviado un breve al inquisidor general para que se promoviese la conversión del príncipe, y la indicación de que tratase este asunto con el nuncio. Para ello, se proyectaba un encuentro para poder tratar con el príncipe esta cuestión por iniciativa del propio nuncio y del conde-duque de Olivares⁵³. Así, don Carlos celebraba una única reunión con teólogos católicos, a la que asistieron el carmelita fray Francisco de Jesús y tres frailes capuchinos, entre los que se encontraba fray Diego de Quiroga, el confesor del rey, Olivares y el marqués de Buckingham. Si bien el príncipe se mostró interesado en mantener el diálogo, este interrumpió la reunión y se negó a que se volviese a producir⁵⁴. La presencia de Quiroga entre tan reducido grupo nos indica la confianza que Olivares tenía depositada en el capuchino. La actividad diplomática desarrollada por Diego de Quiroga se inscribía en la actuación que estaban llevando a cabo diversos miembros de su Orden en las distintas cortes europeas a lo largo de la primera mitad del siglo XVII. Sus misiones como enviados especiales del papa ante los reyes y príncipes europeos habían tenido especial significación, en lo que respecta a la Monarquía hispana, en el intento del pontífice de recabar la ayuda financiera del rey para que el emperador pudiese hacer frente a los conflictos en Alemania⁵⁵.

Por otra parte, el P. Quiroga era un hombre al gusto de Olivares, en cuanto a que sus peculiares antecedentes y sus amplios contactos internacionales le permitían tener acceso a informaciones reservadas⁵⁶. En este sentido, la trayectoria vital de fray Diego no deja de ser curiosa. Su capacidad para actuar como espía se había puesto de manifiesto en su juventud. Nacido en Orense en 1574, decidía seguir la carrera de las armas y servir en los ejércitos en Flandes y en Francia como alférez. Protagonizó una incursión en territorio francés de incógnito, pero fue apresado y sometido a tortura, lo que le provocó secuelas físicas que

⁵³ Sobre el entendimiento entre Olivares y el nuncio en el manejo de estos asuntos véase G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, pp. 158-164.

⁵⁴ Sobre el desarrollo de la misma, véase A. DE VALENCIA: *Reseña histórica de la provincia capuchina de Andalucía...*, *op. cit.*, pp. 234-235; G. REDWORTH: *El príncipe y la infanta...*, *op. cit.*, pp. 144-145; B. DE CARROCERA: *La provincia de frailes menores...*, *op. cit.*, pp. 91-92; “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, p. 80.

⁵⁵ B. DE CARROCERA: “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, pp. 71-72.

⁵⁶ Sobre la predilección de Olivares por este tipo de personajes ambiguos, véase J. H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares*, *op. cit.*, pp. 226-227.

conservó el resto de su vida. Poco después de su liberación, lograda por las amenazas de las represalias que se tomarían por parte del mando militar español si se atentaba contra su vida, dio un nuevo rumbo a su vida, e ingresó como religioso capuchino en el convento de Figueras en 1598⁵⁷.

La oposición de Carlos V y de Felipe II al establecimiento de la rama capuchina en sus territorios había sido firme. Hasta 1574, se mantuvo la prohibición de que se extendiese la reforma capuchina más allá de las fronteras de la península itálica. En el caso de Felipe II, su negativa a aceptar a los capuchinos partía de la presión que ejercían los franciscanos observantes, quienes representaban ante el monarca las pocas diferencias que les distinguían de los descalzos, y cómo su presencia fracturaba la unidad de la observancia hispana sujeta al mismo ministro general residente en Roma, puesto que los capuchinos contaban con su propio superior general. A esto había que unir las reticencias habituales del monarca en relación al sostenimiento económico de los religiosos a través de la limosna. Si bien Álvaro de Bazán trató de promover su asentamiento a través de patrocinar una fundación en El Viso como reconocimiento a su actuación como capellanes para las tropas que intervinieron en la batalla de Lepanto, la negativa del rey forzaba el retorno de los capuchinos a Nápoles. Igual resultado tuvo el intento, menos conocido, patrocinado por el conde de Priego unos años después. Sin embargo, mayor fortuna tuvo la petición presentada ante el Consejo del Ciento, puesto que la ausencia de descalzos en Cataluña favorecía su asentamiento y su posterior expansión aprovechando la crisis entre observantes y recoletos, ya que parte de éstos pasaron a integrarse en la rama capuchina. Así pues, la situación cambiaba drásticamente a comienzos del reinado de Felipe III, quien favorecía la extensión de los capuchinos. No obstante, la presión que la rama observante siguió ejerciendo sobre algunos cortesanos, significativamente sobre el duque de Lerma, impidió a los capuchinos asentarse en Madrid. El cambio de opinión del mismo, motivado por la actuación diplomática y por sus propios intereses políticos, posibilitaba su presencia en la corte⁵⁸.

⁵⁷ Alcanzó el grado de alférez. Infiltrado en el campo enemigo como espía durante el cerco que Enrique IV de Francia puso a la plaza de La Fère, fue capturado y sometido a tormento. Pudo salvar la vida por la amenaza del mando militar español de ejecutar a los franceses que habían caído prisioneros (B. DE CARROCERA: “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, p. 74).

⁵⁸ V. SERRA DE MANRESA: “Oposición del rey Felipe II a la implantación y expansión de los franciscanos capuchinos”, en E. BERENGUER CEBRIÀ (coord.): *Felipe II y el Mediterráneo*,

Por otra parte, el intento de diferenciarse de los frailes observantes y de los descalzos provocaba que los capuchinos extremasen el rigor y la severidad de las condiciones en que vivían y desarrollaban su labor. La radicalidad de los signos, acentuando la frugalidad y la austeridad, contribuyó a generar una imagen que los aproximaba la idea popular de la santidad, a ser los representantes de una religiosidad intachable e incuestionable. Esta forma de vivir su ministerio, unido a la rápida expansión que la orden vivió en España durante el reinado de Felipe III provocaba que algunas fundaciones tuviesen unas condiciones ínfimas para la habitabilidad, y que la orden tuviese que modificar su estructura de asentamiento sobre el territorio de forma importante ⁵⁹. Así, en 1603, venía a realizar una visita a los conventos de Cataluña, Aragón y Valencia el Vicario General de la Orden, Lorenzo de Brindisi, quien había determinado el año anterior la unión de las provincias de Aragón, Valencia y Cataluña, quedando esta última como cabeza de la nueva provincia ⁶⁰. Sin duda, la principal actividad de Diego de Quiroga en estos años debió ser su faceta como predicador, puesto que bajo esta denominación acudía a la corte en 1609, donde formaba parte de la comunidad encargada de fundar el primer convento sito en la misma. A la inauguración simbólica en el Hospital de los Italianos, el 12 de noviembre de dicho año, acudía Lorenzo de Brindisi, quien llegaba, a propuesta de Baltasar de Zúñiga, en calidad de enviado del duque de Baviera y del papa ante Felipe III para recavar la ayuda del monarca para la Liga católica. Asimismo, su relación cercana a los monarcas, especialmente a la reina, era esencial para superar los escollos que habían impedido la fundación de un convento en Madrid desde los primeros intentos realizados en 1578. En este sentido, cabe destacar que, si bien los capuchinos recibieron diversos ofrecimientos por parte de distintos nobles para albergar la fundación definitiva, todos ellos fueron rechazados por no contar con la ubicación o las dimensiones apropiadas, hasta que

Madrid 1998, II, pp. 205-218; T. DE AZCONA: "Protohistoria de los capuchinos en España (1578-1582)", *Collectanea Franciscana* 68 (1998), pp. 63-145; "Los franciscanos capuchinos en la Península Ibérica en los siglos XVI-XVII", en M. M. GRAÑA CID (ed.): *El franciscanismo en la Península Ibérica. Balance y perspectivas. I Congreso Internacional*, Barcelona 2005, pp. 297-318.

⁵⁹ J. GARCÍA ORO y M. J. PORTELA SILVA: "Los frailes descalzos. La nueva reforma del barroco", *Archivo ibero-americano* 60 (2000), pp. 511-586; Á. ATIENZA: *Tiempos de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España Moderna*, Madrid 2008, pp. 419-433.

⁶⁰ B. DE CARROCERA: "San Lorenzo de Brindisi, España y los capuchinos españoles", *Naturaleza y Gracia* 7 (1960), pp. 137-138.

decidieron aceptar la oferta del duque de Lerma, quien realizó la misma con ánimo de agradar a la reina. Durante los dos años que duraron las obras, Quiroga tuvo oportunidad de predicar ante los monarcas y Lerma en algunas ocasiones ⁶¹.

Dos años después, fray Diego se encargaba de esta misma labor fundacional en Toledo. El contacto que el prelado Bernardo de Sandoval y Rojas había mantenido con los capuchinos a través de su tío le llevó a ofrecerles un cigarral de su propiedad con esta finalidad. Además de ser nombrado guardián del nuevo convento, durante el periodo que permaneció en dicha ciudad, continuó incrementando su fama como predicador, puesto que en 1612 y 1613 fue encargado de realizar algunos sermones de cuaresma en la catedral. También fue requerida su presencia para predicar ante Felipe III y Lerma en la primera misa que se celebraba en el nuevo convento creado en El Pardo en 1612. Asimismo, se trasladaba con la misma finalidad fundacional a Salamanca en 1614, ciudad que también conoció sus dotes como predicador en la parroquia de san Mateo ⁶². Elegido Superior de la provincia capuchina de Valencia en 1615, se ocupaba en este cometido hasta 1618. Acudía al Capítulo General celebrado en Roma en dicho año, donde, junto al resto de los representantes de los capuchinos españoles asistentes al mismo, asistía a las reuniones mantenidas por iniciativa del papa Paulo V para proceder a la evangelización del Congo. El pontífice había decidido servirse de miembros de dicha orden para esta empresa, quienes acogieron con entusiasmo el encargo. No obstante, los obstáculos que se encontraron en su consecución hicieron que el proyecto se viese fracasado en 1623 ⁶³.

⁶¹ B. DE CARROCERA: *La provincia de frailes menores...*, *op. cit.*, pp. 47-49 y 54; “San Lorenzo de Brindisi...”, *op. cit.*, pp. 140, 143-144, 148 y 156-159.

⁶² La fundación de Salamanca se hizo a costa del capitán Juan de Mier y Noriega, pero en su consecución tuvo una importancia decisiva la intervención de Octavio Centurión, marqués de Monasterio, muy afecto a los capuchinos. Por otra parte, se conserva un retrato de Diego de Quiroga en el colegio mayor Fonseca atribuido a Alonso Antonio de Villamor (B. DE CARROCERA: *La provincia de frailes menores...*, *op. cit.*, pp. 55-57, 61, 70-72, 78, 109; “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, pp. 74-75; M. VILLAR Y MACIAS: *Historia de Salamanca*, Salamanca, 1887, III, p. 29; B. DORADO: *Historia de la ciudad de Salamanca*, Salamanca 1863, p. 397; J. R. NIETO GONZÁLEZ y E. AZOFRA AGUSTÍN: *Inventario artístico de bienes muebles de la Universidad de Salamanca*, Salamanca 2002, p. 41).

⁶³ En torno a estas cuestiones, véase M. DE POBLADURA: “Génesis del movimiento misional en las provincias capuchinas de España (1618-1650)”, *Estudios Franciscanos* 50 (1949), pp. 210-216; B. DE CARROCERA: “Dos relaciones inéditas sobre la misión capuchina del Congo”, *Collectanea Franciscana* 16 (1946), p. 109.

Por otra parte, fueron años conflictivos en el seno de la Orden. La forma de ejercer su cargo el P. Serafín de Policio, comisario general de Castilla, quien, impedido por la gota, no podía visitar los conventos pero gobernaba de forma muy personalista, sin ajustarse al estilo de la Orden, provocaba un importante descontento en el seno de la misma. Para remediar esta cuestión, se celebraba un Capítulo en Madrid cuya finalidad era descentralizar el poder que ejercía el P. Serafín. El nombramiento de un nuevo comisario, el italiano P. Iluminado de Mesina, venía a complicar la aspiración de convertir a Castilla en provincia, y que su gobierno recayese en un capuchino español. La intransigencia del P. General a ceder a esta pretensión, que creía basada en la ambición personal, condujo a que ordenase la finalización de las fundaciones. Para conseguir alcanzar este objetivo, algunos capuchinos acudieron al rey y al duque de Lerma con la finalidad de que mediasen en su favor ante el papa. Entre los más destacados defensores de esta alternativa se encontraban el P. Juan de Villafranca y el P. Diego de Quiroga, a quien su condición de provincial de Valencia le situaba como un candidato idóneo para ponerse al frente de la gobernación de Castilla. Así pues, quizás como consecuencia de su protagonismo en esta pugna y de los cambios habidos en la corte tras la marcha del duque de Lerma, entre 1618 y 1620, permaneció retirado en el convento de Murcia, cuya fundación había sido igualmente obra suya en 1616⁶⁴. Su estancia en Murcia coincidía con la segunda embajada que Lorenzo de Brindisi realizaba ante Felipe III. Como hemos señalado, acudía como representante de un grupo de nobles napolitanos y de la Magistratura del reino, quienes querían hacer llegar al rey sus quejas en relación con las actuaciones desarrolladas por el virrey, el duque de Osuna. En persecución de cumplir con su cometido, fray Lorenzo se trasladaba a Portugal, donde se encontraba el monarca de viaje⁶⁵.

⁶⁴ El convento de Murcia fue costado por el regidor Antonio Riquelme y Pagan, quien financió casa y huerto (F. CASCALES: *Al buen genio encomienda sus Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia*, Murcia 1775, p. 476; E. M. DE SOLANA: "Los capuchinos en Murcia, 1616-1835", *Estudios franciscanos* 63 [1962], pp. 26-27). Si bien Castilla fue erigida como provincia en 1618, fue elegido provincial el P. Bernardino de Quintanar (M. DE POBLADURA: *Los frailes menores en Castilla. Bosquejo histórico, 1606-1945*, Madrid 1946, pp. 15-19 y 31-32; B. DE CARROCERA: *La provincia de frailes menores...*, *op. cit.*, pp. 77-85).

⁶⁵ Resultó ser la última encomienda de fray Lorenzo, que falleció en Lisboa en el desarrollo de su misión (B. DE CARROCERA: "San Lorenzo de Brindisi...", *op. cit.*, pp. 166-170; L. M. LINDE: *Don Pedro Girón...*, *op. cit.*, p. 133; P. JAURALDE POU: *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid 1998, p. 392).

La rehabilitación política del P. Quiroga se iniciaba en 1621, cuando inauguraba su vinculación a los asuntos imperiales. En diciembre de dicho año se producía la llegada a España de su compañero de hábito Jacinto de Casale, embajador extraordinario de Fernando II y con calidad de legado papal, quien debía obtener de Felipe IV nuevas ayudas para Alemania y el beneplácito para la designación de Maximiliano de Baviera como elector, aún cuando esta nominación era un hecho consumado⁶⁶. Unos días después del inicio de sus gestiones, el P. Casale solicitaba la presencia de Quiroga en Madrid. Este hecho volvía alterar los ánimos en la capuchina provincia de Castilla, puesto que su retorno coincidía con el descontento que se vivía en la misma por la gestión de su segundo provincial, el P. Félix de Granada⁶⁷. Si bien el P. Casale no obtenía grandes logros, aprovechaba el conocimiento y las relaciones de Quiroga en la corte para procurarse información en torno a las deliberaciones que se estaban llevando a cabo. Igualmente, el embajador necesitaba estar al tanto del desarrollo de los acontecimientos en Alemania, por lo que Quiroga se trasladaba a Munich y Viena para informar de la marcha de las negociaciones. En sus cartas de presentación al emperador y al duque Maximiliano, Casale insistía en las excelentes cualidades de Quiroga, entre las que destacaba su profundo conocimiento de los asuntos que se trataban en la corte a través de su trato con los principales ministros, y remitía a la ratificación del conde de Oñate, embajador en Viena, la veracidad de dicha afirmación. Finalmente, Casale abandonaba la corte de Felipe IV en mayo de 1622 sin haber obtenido del monarca más que una genérica declaración de intenciones⁶⁸. El retorno de Quiroga se producía con posterioridad a su marcha. La correspondencia entre ambos fue fluida, puesto que fray Diego permaneció en la corte con el encargo de continuar el intento efectuado por el P. Casale de promover la formación de una Liga entre los príncipes católicos. En este sentido, sus gestiones ante el duque de Baviera habían tenido un

⁶⁶ P. MAREK: "La diplomacia española y la papal en la corte imperial de Fernando II", *Studia Historica. Historia Moderna* 30 (2008), pp. 119-120.

⁶⁷ Por otra parte, la vida del convento de san Antonio, donde se hospedaba el P. Casale, se vio notablemente alterada, puesto que Casale "se llevaba toda la corte tras sí y un concurso enorme de gente acudía al convento para que los bendijera" (M. DE POBLADURA: *Los frailes menores en Castilla...*, *op. cit.*, pp. 53-54).

⁶⁸ F. CUTHBERT: *The capuchins. A contribution to the history of the counter-reformation*, London 1928, II, pp. 298-304; B. DE CARROCERA: "El padre Diego de Quiroga...", *op. cit.*, pp. 77-78.

cierto éxito en la misión encomendada. Se integraba así en la red que Casale había desplegado con esta finalidad a través de la actuación bajo sus directrices de otros miembros de la Orden tanto en Francia como ante diversos príncipes alemanes⁶⁹. Por otra parte, retornado a Italia, Casale se encargaba de informar al General del descontento existente en la provincia de Castilla por el modo de gobernar del provincial, lo que le incitó a realizar personalmente una visita y a convocar Capítulo para reconducir la situación. En el mismo, Quiroga fue designado Superior de la provincia de Castilla en diciembre de 1622. A pesar de que hizo renuncia pública de esta dignidad en la propia asamblea, el General no aceptó su deseo, y Quiroga permaneció en el ejercicio de este cargo hasta el 18 de mayo de 1627. Así pues, su intervención en los asuntos encargados por el P. Casale tuvo como consecuencia su rehabilitación política, que se plasmó en su participación en los asuntos concernientes a la negociación del matrimonio entre la infanta María y el príncipe de Gales, a la que nos hemos referido con anterioridad. En este sentido, Quiroga se convertía en un fiel colaborador del conde-duque de Olivares⁷⁰.

Mientras que, en 1625, el príncipe de Gales celebraba su enlace con Enriqueta María de Borbón, las conversaciones conducentes al matrimonio entre la infanta María y el hijo del emperador se iniciaban el año anterior. Francisco de Moncada, conde de Osona y marqués de Aytona desde 1626, fue designado para ocupar la embajada en Viena en junio de 1623. Había iniciado su actividad diplomática el año anterior, cuando acudía a presentar el pésame de Felipe IV a su tía Isabel Clara Eugenia por la muerte del archiduque Alberto. Hechura de Olivares, supo ganarse la confianza tanto de la infanta como del influyente capuchino Felipe de Bruselas, quien se ocupó en realizar diversas misiones entre Munich, Bruselas y Madrid. Llegado el 7 de julio de 1624 a cumplir con su misión ante el

⁶⁹ En este contexto se encuadran las actividades del P. Valeriano Magno, del P. Basilio de Bruselas, y del P. Alejandro de Ales (Ibidem, p. 79).

⁷⁰ Entre sus actividades, cabe destacar la división de la provincia y la formación de una Custodia diferenciada con los conventos andaluces, la continuación de la labor de sus predecesores en la organización de los estudios y de las casas de noviciado, y la fundación del convento de Villanueva del Cardete (A. DE VALENCIA: *Reseña histórica de la provincia capuchina de Andalucía...*, op. cit., pp. 225-227, 266-267, 278-279 y 286; M. DE POBLADURA: *Los frailes menores en Castilla...*, op. cit., pp. 32-33 y 37; B. DE CARROCERA: *La provincia de frailes menores...*, op. cit., pp. 87-91, 116-117 y 121-123; “El padre Diego de Quiroga...”, op. cit., p. 76).

emperador, su primera carta a Olivares recogía la referencia directa al deseo con el que se esperaba en la corte imperial la boda de la infanta María⁷¹. Las negociaciones conducentes a la misma se iniciaban de manera firme en el otoño del mismo año, y en mes de noviembre, el archiduque Carlos, hijo del emperador Fernando II, se trasladaba a Madrid para hacerse cargo personalmente de las gestiones, pero unas fiebres ponían fin prematuramente a su vida. Sin embargo, Olivares siguió tratando este asunto con uno de los integrantes de su séquito, el conde de Schwarzenberg, quien retornaba a Viena en la primavera de 1625 convencido, entre otros asuntos, de llevar adelante el proyecto del Almirantazgo⁷². Así pues, Felipe IV daba su palabra al emperador de que su hermana se casaría con su hijo Fernando a finales de 1625.

LA DESIGNACIÓN DEL NUEVO CONFESOR

Frente a los abundantes estudios y páginas de crónicas o creaciones literarias que provocó el intento frustrado de matrimonio entre el príncipe de Gales y la infanta María, contrasta la carencia de noticias y el poco interés que despertó la gestación de su enlace con el rey de Hungría, a pesar de la importancia política y dinástica del mismo. Sin duda, el rocambolesco episodio de la visita de don Carlos a Madrid, sus matices aventureros y románticos, terminaron por encandilar a la propia infanta, y vino a oscurecer la concertación de un matrimonio en el que la razón de Estado primó por encima de cualquier otra consideración o circunstancia. Realmente, todo lo que envuelve este enlace es discreto y carente de aparente relevancia. La noticia de la boda se hacía pública con ocasión del bautizo de la infanta María Eugenia, el 7 de junio de 1626⁷³. La presión del embajador imperial había provocado este anuncio sin que se hubiesen cerrado las

⁷¹ Es curioso que, a pesar de la colaboración y cercanía, Aytona se mostraba escéptico ante la capacidad diplomática de los capuchinos, de los que decía que debían ocuparse de los asuntos temporales únicamente rezando. Por otra parte, esta reticencia era compartida por otros embajadores (BNE, Ms. 2356, fols. 26, 28; J. GUTIÉRREZ: “Don Francisco de Moncada, el hombre y el embajador. Selección de textos inéditos”, *Boletín de la biblioteca de Menéndez Pelayo* 56 [1980], pp. 6-9, 16-17, 19 y 50-51).

⁷² J. SIMÓN DÍAZ: *Relación de los actos públicos...*, *op. cit.*, pp. 306 y ss.; J. H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares*, *op. cit.*, p. 227.

⁷³ A. GONZÁLEZ PALENCIA: *Noticias de Madrid, 1621-1627*, Madrid 1942, p. 126.

capitulaciones, y con la única finalidad de favorecer la elección como rey de Romanos del rey de Hungría⁷⁴. En este sentido, nos encontramos con otro aspecto llamativo, puesto que las negociaciones conducentes al enlace se fueron complicando y dilatando. Las capitulaciones no se firmaban hasta septiembre de 1628. La deslucida ceremonia de casamiento, precipitada por las presiones políticas, tenía lugar en las habitaciones del rey el 25 de abril de 1629, mientras Felipe IV se encontraba en cama convaleciente de unas fiebres. La boda fue oficiada por el Patriarca de las Indias, y tuvo lugar en presencia de un reducido número de asistentes, entre los que se encontraba el nuevo confesor la reina de Hungría, el capuchino Diego de Quiroga⁷⁵.

Las nuevas circunstancias hacían conveniente encontrar un confesor adecuado para la infanta doña María y para el papel que debía desempeñar en la corte imperial. Así pues, Felipe IV presentaba a fray Juan Venido para ocupar la silla episcopal de Orense en 1625. Para agilizar los trámites de aceptación del obispado, el franciscano solicitaba la pertinente licencia al nuncio y evitaba la consulta al ministro general que se encontraba en Roma. Fue confirmado como prelado de Orense en enero de 1626, y consagrado en junio del mismo año por el Patriarca de las Indias⁷⁶.

⁷⁴ Felipe IV pedía a Aytona que esté especialmente atento a cómo se acogía la novedad tanto por los amigos como por los que no le eran afectos (BNE, Ms. 2358, fols. 34r-35v).

⁷⁵ Como afirma su primera biógrafa, “la Infanta María fue, ante todo, como tantas otras mujeres de estirpe real, un elemento de gobierno que manejó a su antojo la diplomacia, buscando soluciones a la intrincada política internacional. Ni su mente ni su corazón tuvieron libertad” (M. GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Las jornadas de María de Hungría...*, *op. cit.*, pp. 11-12). Por otra parte, son diversos los autores que aluden a la falta de entusiasmo de la infanta frente a la ilusión que había conseguido generar en ella el pretendiente inglés. Además, la celebración del matrimonio fue especialmente deslustrada (J. ALENDA Y MIRA: *Relación de las solemnidades y fiestas...*, *op. cit.*, pp. 259-260; J. H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares*, *op. cit.*, p. 370; BNE, Ms. 2361, fols 26r-v; Ms. 2361, fols. 476-481; J. SIMÓN DÍAZ: *Relación de los actos públicos...*, *op. cit.*, pp. 371-373).

⁷⁶ Ingresaba en la Orden de San Francisco en Medina de Rioseco, su localidad natal, hacia 1570. Finalizados sus estudios de Arte y Teología, se pasaba a la rama recoleta, y ejercía diversos cargos de importancia dentro de la misma, como los de comisario y visitador, y fue en distintas ocasiones superior en los conventos de La Aguilera y Valladolid. Permanecía dedicado a la labores de su obispado hasta que se producía su fallecimiento en 1630, consiguiendo terminar con los conflictos jurisdiccionales existentes entre la mitra y el monarca (M. R. PAZOS: *El episcopado gallego a la luz de los documentos romanos*, Madrid 1946, II, pp. 366-376; L. CARRIÓN: “El convento de «Domus dei» y la Casa López de Zúñiga”, *Archivo Ibero-americano*

En este sentido, es significativo el contraste que se produce entre el escaso interés que despertó en los cronistas la boda de la infanta, o la ausencia de un mínimo ambiente festivo o de boato en todo lo que rodeó a la ceremonia, y la atención que ha recibido la designación del nuevo confesor de doña María. En 1626, se reunía la llamada Junta del Casamiento. Tenía como finalidad el estudio de las capitulaciones matrimoniales⁷⁷. Como hemos señalado, las negociaciones se fueron dilatando, y el asunto referido a la designación del nuevo confesor de la reina de Hungría no se abordaba hasta 1628, cuando el Consejo de Estado y la Junta del Casamiento trataban sobre las personas que debían integrar la casa de doña María. El propio Felipe IV solicitaba el 21 de julio que se abordase esta cuestión teniendo en consideración el deseo expresado por el emperador de que la reina de Hungría se confesase con un miembro de la Compañía de Jesús, ordena a la que pertenecían el resto de los confesores de la familia imperial, la preferencia de la infanta de que este cargo fuese ocupado por fray Diego de Quiroga, y cómo la condición de capuchino de éste podía despertar reticencias, puesto que era conocida la relación que unía al duque de Baviera con los mismos⁷⁸. Así pues, había que valorar a dos posibles candidatos. Junto a fray Diego de Quiroga, el nombramiento del jesuita Ambrosio de Peñalosa aparecía como la opción idónea por ser la elección realizada por el emperador Fernando II y por encontrarse integrado en la corte de Viena. En su ejercicio de labores docentes en dicha ciudad, se había ocupado en enseñar español al rey de Hungría⁷⁹. Sin embargo, entre los componentes que conformaban la Junta, se impuso la opinión mayoritaria de que se dejase a la infanta elegir libremente la persona con la que quería confesarse⁸⁰.

6 [1946], pp. 380-388; F. DE LEJARZA: "Notas para la historia misionera de la provincia de la Concepción", *Archivo Ibero-americano* 8 [1948], p. 99; P. ARROYO: "Comisarios Generales de Indias", *Archivo Ibero-americano* 12 [1952], pp. 160-162; L. ARROYO: *Comisarios Generales del Perú*, Madrid, 1950, pp. 103-105).

⁷⁷ Estuvo compuesta por el Duque de Medina de las Torres, el marqués de la Hinojosa, el marqués de Montescarlos, Diego Messia, Juan de Villela y el secretario Jerónimo Torres (J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, *op. cit.*, p. 461).

⁷⁸ AGS, Estado, leg. K-1442, fol. 83.

⁷⁹ Peñalosa abandonaba sus quehaceres en el colegio de Viena y se trasladaba a Madrid (B. DE CARROCERA: "El padre Diego de Quiroga...", *op. cit.*, p. 81).

⁸⁰ Solamente el cardenal Zapata, el conde de Lemos y el marqués de Santa Cruz insistieron en la conveniencia de que el confesor fuese Peñalosa u otro jesuita, sin que por

Así pues, el 15 de agosto de 1628, fray Diego fue nombrado confesor de la infanta, mientras que el P. Ambrosio de Peñalosa era designado predicador real a finales del mismo mes, con lo que quedaba vinculado igualmente al entorno de doña María ⁸¹. Se ha tratado de manera reiterada por distintos trabajos referidos a este tema la rivalidad existente entre capuchinos y jesuitas por expandir y mantener su influencia en las distintas cortes europeas, cimentada en el funcionamiento de sus redes diplomáticas y en la ocupación de cargos y dignidades en el entorno de los reyes y príncipes, señaladamente, en las labores propias del confesorio. Sin embargo, no creemos que esta competencia fuese determinante en la decisión del Consejo de Estado. Ciertamente, las informaciones del marqués de Aytona, remitidas a Olivares en junio de 1628, hacían responsable de forma directa al confesor del emperador Fernando II, el jesuita Wilhelm Lamormaini, de la falta de apoyo del mismo a la Monarquía hispana en el asunto de Mantua-Monferrato, y de la cercanía de este a los planteamientos políticos del pontífice Urbano VIII ⁸².

La inclinación de los Habsburgos austriacos por la designación de un confesor jesuita para la infanta María fue reiterada por el embajador Franz Christoph von Khevenhüller a Felipe IV en diversas ocasiones. El emperador y la emperatriz, el rey de Hungría y los archiduques confesaban con miembros de

ello encontrasen ningún inconveniente a Quiroga. El marqués de Montesclaros, Agustín Mexía, el conde de Monterrey, el marqués de los Balbases, Fernando Girón, el marqués de los Gelves, el duque de Feria y el marqués de Flores Dávila fueron de parecer que se respetase la inclinación de la infanta (B. DE CARROCERA: “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, pp. 81-83; *La provincia de frailes menores...*, *op. cit.*, pp. 376-377).

⁸¹ AGP, Personal, caja 860, exp. 49. En el caso de Peñalosa, hubo de aportar su genealogía y ser sometido a las pruebas de limpieza de sangre para ser admitido como predicador real (AGP, Personal, caja 7718, exp. 1; A. GONZÁLEZ CABALLERO: *Los capuchinos en la Península Ibérica. 400 años de Historia*, Sevilla 1985, p. 295).

⁸² Lamormaini había alcanzado el confesionario imperial a comienzos de 1624. En torno a estas cuestiones, véase R. CUETO: “Crisis, conciencia y confesores en la Guerra de los Treinta Años”, *Cuadernos de Investigación Histórica* 16-17 (1995), pp. 249-265; R. BIRELEY, S. J.: *Religions and Politics in the Age of the Counterreformation: Emperor Ferdinand, William Lamormaini, S. J., and the Formation of Imperial Policy*, Chapel Hill 1981, p. 72; J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El triunfo de Roma. Las relaciones entre el papado y la Monarquía católica durante el siglo XVII”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN & M. RIVERO RODRÍGUEZ (coords.): *Centros de poder italianos...*, *op. cit.*, I, pp. 580-585.

la Compañía de Jesús, por lo que la elección por parte de la nueva reina de Hungría de un confesor que no fuese jesuita provocaría, según el embajador, sorpresa e, incluso, escándalo ⁸³. Sin embargo, la propia actuación imperial había generado el precedente. Cuando Margarita de Austria vino a la corte española para casarse con Felipe III, su madre, la archiduquesa María de Baviera, estableció que el jesuita Ricardo Haller le acompañase para que pudiese seguir desarrollando en Madrid su religiosidad, pero también para que sirviese a su hija de apoyo ⁸⁴. Hombre de confianza del General Aquaviva, Haller se mantuvo al lado de Margarita resistiendo las presiones conducentes a forzar su marcha, y a pesar de que en las negociaciones previas al enlace se acordó que la reina debía tomar confesor español y perteneciente a la orden franciscana, en consonancia con la tradición de las reinas españolas de elegir confesor entre los miembros de dicho instituto ⁸⁵. En este sentido, el duque de Lerma trató de dominar el entorno de la reina introduciendo a personas de su familia o de su plena confianza en los oficios principales de la casa. Sin duda, también contaba con un candidato para el influyente cargo de confesor de la reina: el franciscano Mateo de Burgos. Sin embargo, doña Margarita logró imponer su voluntad de mantener al jesuita Haller. En su intento, encontró el apoyo de la emperatriz María y de su hija Margarita, monjas en las Descalzas Reales. Así pues, la alianza entre la política imperial y la de la Santa Sede tuvo en las mujeres de la familia Habsburgo su principal acicate, en un entorno de espiritualidad descalzista y con un importante apoyo en la Compañía de Jesús ⁸⁶. En consecuencia, la presencia de

⁸³ Sobrino de Hans Khevenhüller, llegaba a Madrid en 1617 como embajador de Fernando II (*Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*, estudio S. Veronelli, transcripción y edición F. Labrador, Madrid 2001, p. 41; R. BIRELEY, S. J.: *Religions and Politics...*, *op. cit.*, p. 161; R. CUETO: “Crisis, conciencia y confesores...”, *op. cit.*, p. 254).

⁸⁴ El duque de Feria hacía referencia a esta cuestión al emitir su voto en la junta (AGS, Estado, leg. K-1442, fol. 83).

⁸⁵ Así lo había advertido el embajador español en Praga, Guillén de San Clemente, quien especificaba que Haller podría acompañar a doña Margarita en su viaje, pero que después debía ceder este puesto según se dispusiese (E. JIMÉNEZ PABLO: “Los jesuitas en la corte de Margarita de Austria: Ricardo Haller y Fernando de Mendoza”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN & M. P. MARÇAL LOURENÇO [coords.]: *Las relaciones discretas entre las monarquías hispana y portuguesa*, Madrid 2008, II, p. 1080).

⁸⁶ R. BIRELEY, S. J.: *The jesuits and the Thirty Years War. King, courts, and confessors*, Cambridge 2003, p. 19; E. JIMÉNEZ PABLO: “Los jesuitas en la corte de Margarita de Austria...”,

Haller al lado de la reina provocaba aquello que Lerma quería evitar: el jesuita se convertía en uno de sus principales consejeros de la joven reina, y en un activo interlocutor de Roma y de Viena, permaneciendo ajeno a su influjo⁸⁷. Con la boda de doña María y el rey de Hungría, se trataba de invertir esta situación, procurando hacer valer la tradición de las infantas españolas de elegir un confesor franciscano, como atestiguaba el caso de Isabel Clara Eugenia desde su llegada a los Países Bajos⁸⁸. Si Haller había sido la punta de lanza de los intereses austriacos en Madrid, Quiroga debía cumplir esta función en la política española respecto al Imperio. Así pues, Olivares colocaba a un fiel colaborador y a un excelente informador en uno de los cargos más destacados de la corte imperial⁸⁹.

op. cit., p. 1081. La política de la Monarquía austriaca enlazaba con la vocación de Cruzada y defensa de la Cristiandad de la Santa Sede. Se trataba de una visión cosmopolita y global de la misión de la Casa de Austria, mientras que el interés patrimonial de la Monarquía hispana se abocaba antes a la pacificación de Flandes y el dominio del Atlántico (R. GONZÁLEZ CUERVA: “Cruzada y dinastía: las mujeres de la Casa de Austria ante la Larga Guerra de Hungría”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN & M. P. MARÇAL LOURENÇO (coords.): *Las relaciones discretas...*, *op. cit.*, II, pp. 1149-1186).

⁸⁷ Tras la muerte de la emperatriz María de Austria, la reina Margarita se convertía en la cabeza del “partido austriaco” (*Diario de Hans Khevenhüller...*, *op. cit.*, pp. 24-25 y 32-35-36; M. SÁNCHEZ: “Confession and complicity: Margarita de Austria, Richard Haller, S. J., and the court of Philip III”, *Cuadernos de Historia Moderna* 14 [1993], pp. 133-149).

⁸⁸ El marqués de los Balbases hacía constar esta circunstancia en su voto en la junta, y cómo esta cuestión no había mermado el prestigio de la Compañía de Jesús en los Países Bajos (AGS, Estado, leg. K-1442, fol. 83). En este sentido, véase C. VAN WYHE: “Court and Convent: The infanta Isabella and Her Franciscan confesor Andrés de Soto”, *Sixteenth Century Journal* 35/2 (2004), pp. 411-445, en el que se subraya la afinidad buscada por la gobernadora entre la corte y el convento, así como de la utilización de la piedad como fórmula de imagen política. Véase, igualmente, M. CHRISTIAN: “Elizabeth’s preachers and the government of women: defining and correcting a queen”, *Sixteenth Century Journal* 24 (1993), pp. 561-576. Sobre su relación con la Compañía de Jesús, J. J. NAVARRO LOZANO: “La Compañía de Jesús en el Flandes de los Archiduques. La labor del Padre Pedro de Bivero junto al poder”, *Archivo Teológico Granadino* 67 (2004), pp. 91-107.

⁸⁹ En este sentido, hemos de señalar que si bien se intentó igualmente que doña Ana, hermana de la infanta María y reina de Francia, mantuviese su confesor franciscano Francisco de Arribas para conformar un “partido español” en torno a la reina, este fue expulsado. Tras su retorno, fue promovido al obispado de Ciudad Rodrigo, aunque fallecía antes de tomar posesión de la mitra (J. MATHOREZ: “Notes sur l’infiltration des espagnols en

Las capitulaciones matrimoniales se ajustaban entre Felipe IV y el emperador durante los primeros días del mes de septiembre de 1628. En ellas, se establecía que Fernando debía suceder a su padre en los reinos de Hungría y Bohemia, así como en el resto dependientes del mismo. Igualmente, se definía de forma expresa que Fernando y María habían de ser coronados y titulados como reyes de Hungría y Bohemia, aunque sin ejercicio de la dignidad antes de la muerte del emperador. En este sentido, el deseo de Felipe IV era que el emperador cediese a su hijo alguna provincia para que adquiriese experiencia de gobierno, reservándose el emperador la capacidad de nombrar los cargos más importantes, y pudiendo imitar el estilo de gobierno que la infanta Isabel Clara Eugenia realizaba en los Países Bajos en el contexto de la Monarquía hispana. Si bien el rey expresaba la conveniencia de proceder de esta forma, se mostraba dispuesto a que no apareciese por escrito en las capitulaciones para no establecer un precedente, pero encargaba al emperador que se obligase en este sentido. Este debía sustentar los gastos de la corte de su hijo, mientras que doña María aportaba una dote establecida en quinientos mil escudos de oro, en oro, que se debían hacer efectivos antes de la celebración del enlace, pero de los que la infanta podría disponer si por cualquier motivo, con hijos o sin ellos, se disolviera el vínculo, pudiendo, igualmente, disfrutar libremente de sus réditos mientras durase el mismo. También recibía cien mil escudos de oro de la herencia de sus padres. Se establecían dos opciones para la obtención de la dote: que el montante se consignase o que se pagase al contado. Si se optaba por la consignación, la infanta debía recibir el ocho por ciento anual a través del ministro que ella señalase. Si se elegía cobrar la cantidad al contado, el emperador y el rey de Hungría se comprometían a asegurar la citada rentabilidad⁹⁰. También se destinaban varios capítulos a garantizar el bienestar económico y personal de doña María, tanto en caso de quedar viuda como en lo que se refería al mantenimiento de su

France aux XVII et XVIII siècles”, *Bulletin hispanique* 33 [1932], pp. 30-32; *DHEE*, I, p. 428). Las mismas mutaciones sufría la casa de Enriqueta María de Borbón tras su boda con el príncipe de Gales (C. H. HIBBARD: “The Role of a Queen Consort. The Household and Court of Henrietta Maria, 1625-1642”, en R. G. ASCH & A. M. BIRKE (eds.): *Princes, patronage and the nobility. The Court at the beginning of the Modern Age*, Oxford 1991, pp. 404-409).

⁹⁰ BNE, Ms. 2360, fols. 11-14: “Apuntamientos hechos por la junta sobre las capitulaciones del casamiento...”.

casa, vestuario y joyas. En cuanto a los derechos de sucesión al trono español, se exigía a la infanta la misma renuncia que había otorgado su hermana Ana, esposa de Luis XIII de Francia ⁹¹.

Mientras se completaban estas gestiones, Quiroga fue convocado por iniciativa de Olivares a diversas juntas, a pesar de que ninguno de los asuntos tratados tuviese relación directa con su actividad como confesor de la reina de Hungría. Así, fue nominado para componer la Junta del Resello en 1628, donde fue requerida la presencia de algunos eclesiásticos por las implicaciones morales de la actuación sobre el vellón. A pesar del llamamiento, Quiroga no acudió a las reuniones. Al año siguiente, formaba parte de la Junta de teólogos reunida para decidir si Felipe IV podría aliarse con el duque de Rohan. De la misma manera, fue designado como miembro de la Junta de Comercio creada en 1629, aunque, sin duda, hubo de abandonar esta actividad cuando se produjo su marcha junto a la infanta a finales de dicho año, mientras que la Junta prologaba sus sesiones hasta 1631 ⁹².

Si bien se había acordado que doña María iniciaría su viaje en enero de 1629, el comienzo de su largo periplo hasta Viena se fue prolongando, al igual que había sucedido con las negociaciones conducentes al matrimonio, pues la reina no subía a las galeras que le llevaron a Nápoles hasta el 12 de junio de 1630 ⁹³. Ciertamente, se ha especulado sobre las razones políticas y económicas que motivaron el

⁹¹ El 11 de septiembre, el rey informaba a Aytona de cómo se había cerrado la negociación (ibid. fol. 29). Las capitulaciones matrimoniales definitivas aparecen reproducidas en Q. ALDEA VAQUERO: *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo*, Tomo I: 1631-1633, Madrid 1986, pp. 299-313.

⁹² RAH, Biblioteca General, 9/5130 (4); J. F. BALTAR RODRÍGUEZ: *Las Juntas de Gobierno...*, op. cit., pp. 212, 235 y 297; "Proyectos de creación de compañías comerciales privilegiadas en Indias durante el siglo XVII", en F. BARRIOS PINTADO (coord.): *Derecho y administración pública en las Indias hispánicas: actas del XII Congreso Internacional de Historia del Derecho Indiano (Toledo, 19 a 21 de octubre de 1998)*, I, p. 255. Por su parte, la infanta posaba para que Velázquez le hiciese un retrato destinado al rey de Hungría (E. HARRIS & J. H. ELLIOTT: "Velázquez and the Queen of Hungary", *The Burlington Magazine*, 118/I [1976], pp. 24-26).

⁹³ El 8 de enero de 1629, Felipe IV informaba al marqués de Aytona de cómo el emperador presionaba desde el mes de noviembre del año anterior para que la infanta se pusiese en camino, y cómo había decidido que no se dilatase más su marcha. Sin embargo, las diversas consideraciones que Felipe IV había realizado a Fernando II a través de su embajador dificultaron la partida (BNE, Ms. 2361, fol. 272).

retraso, pero, sin duda, una de las que más influencia tuvo fue el deseo de Felipe IV de acompañar personalmente a su hermana hasta que embarcase rumbo a Italia, y la oposición que esta determinación despertó en Olivares, quien creía entender que de este hecho se podría deducir un debilitamiento de su posición en la corte. Sin que sea contradictorio, la marcha de la infanta María venía a favorecer los intereses políticos de Olivares. La estrecha relación que unía a esta con la reina Isabel de Borbón había provocado que entre ambas mantuviesen un foco vivo de oposición al Conde Duque, a pesar de los intentos de la condesa de Olivares por neutralizar su existencia. Era habitual que asistiesen juntas a los diversos actos y ceremonias que requerían su presencia, así como encontrar a doña María en las habitaciones privadas de la reina. Si, en este sentido, el inicio del viaje era un alivio para Olivares, la intención del rey de escoltar a su querida hermana, era percibido por Olivares, como hemos señalado, como un peligro para afianzar su situación política⁹⁴. Finalmente, cuando en los últimos días de 1629 se iniciaba el viaje, el rey y los infantes acompañaron a la reina de Hungría hasta Zaragoza, donde decidieron iniciar el retorno a la corte sin que ella se apercibiese para evitar la dolorosa despedida⁹⁵.

Por otra parte, la cuestión económica también contribuyó de forma decisiva al retraso en la partida de doña María. El asunto de la dote provocaba que las negociaciones se prolongasen, a pesar de que el embajador Khevenhüller era convocado en febrero de 1629 para tratar sobre este asunto ante la inminente marcha de la infanta. La opinión mayoritaria en el seno de la Junta del Casamiento era que la dote no se debía pagar al contado, al menos en su totalidad. Así pues, el tema que se debía abordar principalmente estaba referido a la consignación, para lo que también se contó con las opiniones de Olivares, del confesor del rey, del

⁹⁴ M. GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Las jornadas de María de Hungría...*, *op. cit.*, pp. 14-15; A. ANSELMO: *El diario del viaje a España del cardenal Francesco Barberini escrito por Casiano del Pozzo*, Madrid 2004, pp. 138, 162, 248, 263, 285 y 304. Además de la compañía de la reina, doña María mostraba predilección por la de la marquesa de Salvatierra (*Ibidem*, p. 152).

⁹⁵ El 28 de siembre de 1629, Felipe IV escribía a sor Margarita de la Cruz “voy a dejar a mi hermana para no berla jamas, no se como no me caigo muerto” (A. ÁLVAREZ: “Curioso epistolario...”, *op. cit.*, p. 222; M. PREVOSTI VIVES: “María d’Hongria a Barcelona...”, *op. cit.*, p. 172; J. H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares*, *op. cit.*, pp. 376-377, 384 y 391-397; J. H. ELLIOTT & J. F. DE LA PEÑA [eds.]: *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*, Madrid 1981, II, pp. 6, 11 y 13-16; P. JAURALDE POU: *Francisco de Quevedo...*, *op. cit.*, p. 592).

cardenal presidente y del contador mayor de Hacienda. Se trataba de evitar establecer nuevas cargas sobre Milán, para lo que se proponía como opción que las rentas se situasen en Cerdeña o parte de ellas en las Indias, para no concentrar todo el esfuerzo en los territorios italianos⁹⁶. En el mes de junio, la discusión se centraba en la cantidad que debía aportar la Corona de Aragón, y en concreto Nápoles y Sicilia, por obligación y costumbre para el casamiento de las infantas. A esta cantidad, habría que sumar quinientas salmas de trigo de Sicilia, valoradas en doscientos mil ducados, y el resto del montante debía obtenerse del donativo viejo, que se encontraba aún por cobrar. Sin embargo, la mayor dificultad no se encontraba en la obtención de los fondos, sino en la imposibilidad de disponer de ellos de forma inmediata⁹⁷.

Finalmente, el 19 de diciembre, el embajador Khevenhüller firmaba la escritura de obligación sobre la dote de doña María⁹⁸. Unos días después, Quiroga recibía las instrucciones de Olivares para el ejercicio de sus funciones, confidenciales y escritas por su propia mano. En primer lugar, hacía presente a fray Diego su necesaria mediación para la obtención del afecto y gracia real por parte del capuchino. Después, establecía como punto prioritario la unidad en los designios políticos que debían presidir las relaciones entre Felipe IV y el emperador, puesto que el beneficio o perjuicio que se derivasen de los mismos afectarían a ambas ramas de la familia por igual. Por tanto, no se debía proceder tratando de imponer las decisiones políticas provenientes de Madrid, sino buscar la alianza de intereses. Para ello, era imprescindible que contribuyese a dar solidez a los vínculos de amistad entre el rey de España, el emperador y el rey de Hungría. En este sentido, era muy importante mantener a la Liga católica activa, pero sin

⁹⁶ Además se produjeron relevos dentro de la Junta del Casamiento, puesto que el marqués de Santa Cruz pasaba a ser integrante de la misma en lugar de Monstesclaros en el mes de marzo (BNE, Ms. 8805, fols. 180-184).

⁹⁷ La solución que ofrecieron al rey fue la siguiente:

“V. Md. podría señalar algunos réditos proporcionados a la cantidad de la dote a razón de 5 ó 6 % como se concertare y conviniere q serán 30.000 ducados algo más al año y que estos se consignasen en el arca de las tres llaves en esta corte a donde efectivamente V. Md. mandase q se trajesen de los 200.000 ducados de juros que últimamente ha concedido al reino en los Millones y q como se fuese cobrando se fuesen comprando juros nuevos para la S^a infanta y su dote y V. Md. excusando estos réditos y conservando la renta para otros efectos de su real servicio” (BNE, Ms. 8805, fols. 175r).

⁹⁸ AGS, PR, leg. 57, doc. 174.

que en ella se permitiese que el duque de Baviera actuase buscando únicamente su propio beneficio. Se trataba de lograr que se aviniese a una política que sustentase los intereses imperiales, pero si la casa de Wittelsbach no encontraba conveniente vincularse a la propuesta común, se debía promover otra liga, a la que se procuraría atraer al resto de príncipes, incluidos los protestantes, para que el duque quedase aislado. En ningún caso el catolicismo sufriría menoscabo, puesto que el propio emperador o el rey de Hungría se pondrían al frente de la misma. Es evidente que, ante este mandato, Olivares esperaba que Quiroga hiciese uso de su conocimiento y buena relación con el duque de Baviera, sustentado en el conocido aprecio que el mismo sentía por los capuchinos en general, y tratase de averiguar los planes del duque en relación con la Liga católica, así como los próximos movimientos de esta ⁹⁹.

Si Quiroga debía acabar con uno de los obstáculos que impedían la puesta en práctica de la política que Olivares quería llevar a cabo a través de reorientación del duque de Baviera, necesariamente su estancia en Viena también debía servir para neutralizar o minimizar la influencia de otros elementos adversos e influyentes, como era el confesor imperial Lamormaini ¹⁰⁰. En este sentido, Quiroga podría alcanzar unos ámbitos de actividad que estaban fuera del alcance de los embajadores destacados en la corte imperial, como se puso de manifiesto en la relación que mantuvo Quiroga con Wallenstein, lo que, en ocasiones, provocaba tensiones entre el confesor y los diplomáticos por el manejo de la información y la gestión de los asuntos reservados ¹⁰¹. Ciertamente, la creciente

⁹⁹ Dichas instrucciones son reproducidas parcialmente por R. CUETO: "Crisis, conciencia y confesores...", *op. cit.*, pp. 254-257. Por otra parte, en la votación mantenida en la junta para el nombramiento del confesor, el marqués de Flores Dávila afirmaba que los jesuitas tenían una marcada influencia en las decisiones del duque, y cómo actuaban de intermediarios en sus relaciones con Inglaterra (AGS, E, leg. K-1442, fol. 83).

¹⁰⁰ Tanto Bireley como Elliott mantienen que Olivares esperaba mermar la influencia del jesuita a través de la actuación desplegada por Quiroga (J. H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares*, *op. cit.*, pp. 393-394; R. BIRELEY, S. J.: *The jesuits and the Thirty Years War...*, *op. cit.*, p. 125).

¹⁰¹ En este sentido, ocupa lugar destacado Jacques Bruneau, que había sido embajador extraordinario de Flandes en Viena, a quien Felipe IV designó como secretario de la reina de Hungría en 1630 (H. LONCHAY: *Correspondance de la Cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas au XVIIIe siècle*, Bruxelles 1927, II, pp. 635, 644-648 y 670; Q. ALDEA VAQUERO: *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo*, tomo II: *La tragedia del Imperio: Wallenstein 1634*, Madrid 1991, pp. LXIV-LXXIII, 228-229, 405-411 y 414-415).

influencia del jesuita, desde que se hizo cargo de la dirección de la conciencia del emperador en 1624, había provocado diversas reacciones adversas en la corte de Viena, como la de Eggenberg, cabeza del Consejo Privado del emperador e inclinado a favorecer los intereses hispanos¹⁰². No obstante, el confesor mantuvo el enfrentamiento más duro con Olivares, quien consideraba a Lamormaini el más rotundo opositor a los intereses políticos españoles. A través del embajador Khevenhüller, el Conde-Duque acusó al jesuita de interferir en los asuntos italianos en detrimento de la estrategia de Madrid en relación a los mismos, concretamente en el asunto de Mantua-Monferrato, de haber hablado y escrito en contra del propio Felipe IV, y de haber insultado al marqués de Aytona¹⁰³.

Por otra parte, antes de la llegada del confesor de la reina de Hungría, otro capuchino, fray Valeriano Magno, que igual que Quiroga había conformado la red del P. Casale años antes, se oponía de forma activa a Lamormaini. En este sentido, nos parece interesante señalar que la actuación diplomática del P. Casale se había visto frenada con la llegada al solio pontificio de Urbano VIII en 1623, así como con la entrada del hermano capuchino del pontífice en el colegio cardenalicio. El nuevo cardenal de san Onofrio forzaba al P. Casale a abandonar la política. Si bien parecía lograr su rehabilitación a finales de 1626, su muerte, acaecida a comienzos de 1627, le impedía retomar sus actividades¹⁰⁴. Fray Valeriano Magno había mantenido un duro enfrentamiento con el jesuita Lamormaini a causa de la restauración del catolicismo en el reino de Bohemia en 1627, cuyos ecos habían llegado a Roma. A ellos se unía fray Felipe de Bruselas, quien era enviado por Isabel Clara Eugenia para que promoviese en Múnich la formación de una liga antiholandesa, que era otro de los objetivos que Quiroga debía alcanzar según las instrucciones recibidas de Olivares. Sin duda, tanto Quiroga como Olivares pudieron contar con la ayuda del capuchino para tratar de dinamizar el proyecto¹⁰⁵. No obstante, como se ha señalado, no se debe

¹⁰² P. MAREK: “La diplomacia española y la papal...”, *op. cit.*, pp. 128-131.

¹⁰³ R. BIRELEY, S. J.: *Religions and Politics...*, *op. cit.*, pp. 5-8, 71-73.

¹⁰⁴ R. CUETO: “Crisis, conciencia y confesores...”, *op. cit.*, p. 253. Sobre el cambio que supuso en la política y la diplomacia de la Santa Sede la llegada al solio pontificio de Urbano VIII, véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El triunfo de Roma...”, *op. cit.*, pp. 565-567.

¹⁰⁵ P. HILDEBRAND: “Capucins-diplomates au service de l’Archiduchesse Isabelle, gouvernante des Pays-Bas. Philippe et Seraphin de Bruxelles”, *Revue d’Histoire Ecclésiastique* 35 (1939), pp. 479-508. Además de un leal colaborador de la gobernadora Isabel Clara Eugenia,

hacer una lectura de esta situación como un enfrentamiento entre institutos religiosos, de capuchinos contra jesuitas o viceversa, puesto que con su actuación, Magno y Quiroga también entraron en conflicto con la actividad desarrollada por otros miembros de su Orden y, sobre todo, su independencia de acción molestaba especialmente a Urbano VIII ¹⁰⁶. En este sentido debemos señalar que la actitud mantenida por el confesor Lamormaini también había despertado las críticas de otros jesuitas estantes en Viena, como fue el caso, entre otros, de Ambrosio de Peñalosa, el candidato imperial a ocupar el confesionario de la reina de Hungría, o del propio nuncio papal, que hubo de ser sustituido en 1628 a causa de las tensas relaciones que mantenía con el confesor ¹⁰⁷.

A las órdenes dadas por Olivares a Quiroga, se unían las instrucciones secretas que el propio Felipe IV entregaba a su hermana, donde se expresaba lo que el rey de España esperaba de la esposa del próximo emperador. Su principal labor consistía en promover y mantener la unidad entre las dos ramas de la familia. Se convertía así, en la “mayor embajadora” de los intereses españoles en la corte de Viena, pero también debía reclamar a su hermano si fuese necesario para que no se apartase de sus obligaciones en defensa y apoyo de la política imperial. En este sentido, doña María debía transmitir el malestar de Felipe IV

hay autores que califican al P. Felipe de Bruselas como a un “hombre” de Olivares (R. VERMEIR: *En Estado de guerra. Felipe IV y Flandes, 1629-1648*, Córdoba 2006, pp. 38, 50, 86 y 184; M. Á. ECHEVARRÍA BACIGALUPE: *La diplomacia secreta en Flandes, 1598-1643*, Leioa 1984, pp. 252-253; V. CRISCUOLO: “Tre diplomatici cappuccini al «Kurfürstentag» di Regensburg del 1636-1637: Valeriano Magni, Francesco Rozdrzewski e Diego de Quiroga”, *Laurentianum* 45 [2004], pp. 59-107).

¹⁰⁶ Sobre la utilización realizada en este sentido de la congregación De propaganda Fidei, véase P. HILDEBRAND: “Capucins-diplomates au service de l’Archiduchesse Isabelle...”, *op. cit.*, pp. 484-490 y 497-501; L. SUÁREZ FERNÁNDEZ: “España frente a Francia en tiempos de Felipe IV: la embajada del marqués de Mirabel”, *BRAH* 202 (2005), pp. 425-427 y 444-447. Quiroga pudo contar igualmente con la ayuda de su compañero de hábito P. Basilio d’Aire (R. CUETO: “Crisis, conciencia y confesores...”, *op. cit.*, pp. 258-260; J. H. ELLIOTT y J. F. DE LA PEÑA [eds.]: *Memoriales y cartas...*, *op. cit.*, II, p. 6; F. CUTHBERT: *The capuchins...*, *op. cit.*, II, pp. 312-317).

¹⁰⁷ Giovanni Battista Palloto sustituía como nuncio a Carlos Caraffa. P. Marek afirma que “desde el tercer decenio del siglo XVII es necesario distinguir consecuentemente entre los partidarios de Madrid y los de Roma” (P. MAREK: “La diplomacia española y la papal...”, *op. cit.*, p. 124, 139; *The jesuits and the Thirty Years War...*, *op. cit.*, pp. 85, 141-142 y 162-163).

por la actitud mantenida por el emperador en el asunto de Mantua-Monferrato, tratar de atraer a la emperatriz a los intereses españoles en este contencioso, y ratificar la necesidad de la ayuda imperial para la composición de los asuntos de Italia, y, sobre todo, para someter a los rebeldes flamencos. En este sentido aducía Felipe IV cómo había evitado hacer valer el acuerdo de que el rey de Hungría fuese jurado rey de Romanos antes de la celebración de la boda, y ello a pesar de las presiones recibidas y las suspicacias despertadas por el retraso en la celebración del enlace, de las que el rey hacía responsable al embajador Khevenhüller. Indicaba a su hermana que esta sucesión del Imperio se debía asegurar con la mayor celeridad. Asimismo, tras explicar a doña María cómo debía tratar a los distintos gobernantes de los territorios italianos, no faltaba una alusión directa a la perjudicial política para los intereses hispanos desarrollada por el papa Urbano VIII. Por último, y no menos importante, Felipe IV recomendaba a su hermana que respetase el estilo de la Casa de Borgoña, como correspondía a una infanta española ¹⁰⁸.

Asimismo, había otras personas que habían seguido con especial interés todo lo concerniente al matrimonio que volvía a vincular a las dos ramas familiares. Una de ellas era Isabel Clara Eugenia, quien tenía puestas las esperanzas en la alianza con el emperador para poder favorecer su política en los Países Bajos. Tanto el marqués de Aytona como fray Felipe de Bruselas mantuvieron a la gobernadora perfectamente informada de las gestiones ¹⁰⁹. Compartía sus inquietudes con su prima sor Margarita de la Cruz, a quien el propio embajador imperial Khevenhüller se encargaba de llevar la noticia a las Descalzas Reales nada más finalizar la deslucida ceremonia de la boda, y quien mantendría correspondencia con la reina de Hungría tras su marcha a Viena, y a la que doña María proporcionaba noticias de diversa índole, entre las que destacan sus primeros contactos con la corte imperial, y de cómo frecuentaba las casas de capuchinos y jesuitas ¹¹⁰.

¹⁰⁸ Dicha instrucción aparece recogida en Q. ALDEA VAQUERO: *España y Europa en el siglo XVII...*, *op. cit.*, I, pp. 315-322; M. PREVOSTI VIVES: "María d'Hongria a Barcelona...", *op. cit.*, p. 172; M. GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Las jornadas de María de Hungría...*, *op. cit.*, p. 13.

¹⁰⁹ BNE, Ms. 2360, fols. 15-19. El propio Felipe IV recomendaba a su hermana que "se valga de su consejo en todo, y la trate, sin ninguna diferencia, como a nuestra madre" (Q. ALDEA VAQUERO: *España y Europa en el siglo XVII...*, *op. cit.*, I, p. 319).

¹¹⁰ A. ÁLVAREZ: "Curioso epistolario...", *op. cit.*, pp. 223-227, 229-230 y 232-234; J. GARCÍA ORO y M. J. PORTELA SILVA: "Los frailes descalzos...", *op. cit.*, pp. 529-530.

Así pues, Diego de Quiroga marchaba a Viena integrado en el séquito de doña María en los últimos días de 1629, y permanecía a su lado hasta que se producía el fallecimiento de ella en 1646¹¹¹. En definitiva, en palabras de uno de sus biógrafos, Quiroga fue “durante dieciocho años, la persona de más confianza que Felipe IV, el Conde-Duque y los ministros españoles tendrán en la corte de Viena”¹¹². En reconocimiento a los servicios prestados, tras el fallecimiento de la emperatriz, Felipe IV designaba a Quiroga confesor de su hija María Teresa en 1648. Sin embargo, no pudo cumplir con este cometido, puesto que, tras su retorno a Madrid integrado en la comitiva que acompañaba en su viaje a la sobrina y segunda esposa de Felipe IV, hija de su hermana María, el capuchino fallecía el 10 de octubre de 1649¹¹³.

¹¹¹ Sobre su actividad durante el viaje entre Madrid y Viena, en que actuó como intérprete y emisario de doña María, véase, J. DE PALAFOX: *Diario del viaje a Alemania*, prólogo, transcripción y notas de C. de Arteaga, Pamplona 2000, pp. 27-28, 33, 49, 65, 94 y 115-117; M. PREVOSTI VIVES: “María d’Hongría a Barcelona...”, *op. cit.*, pp. 169-178; M. GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Las jornadas de María de Hungría...*, *op. cit.*, pp. 13, 15, 17 y 20-21; J. ALENDA Y MIRA: *Relación de las solemnidades y fiestas...*, *op. cit.*, pp. 265-272.

¹¹² B. DE CARROCERA: “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, p. 85.

¹¹³ Era sustituido como confesor de la infanta por su compañero de hábito Alejandro de Valencia (B. DE CARROCERA: “El padre Diego de Quiroga...”, *op. cit.*, p. 76; *La provincia de frailes menores...*, *op. cit.*, pp. 168, 358; J. PÉREZ VILLANUEVA: *Felipe IV escritor de cartas. Un epistolario inédito con Velázquez al fondo*, Salamanca 1986, pp. 76-80).